

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

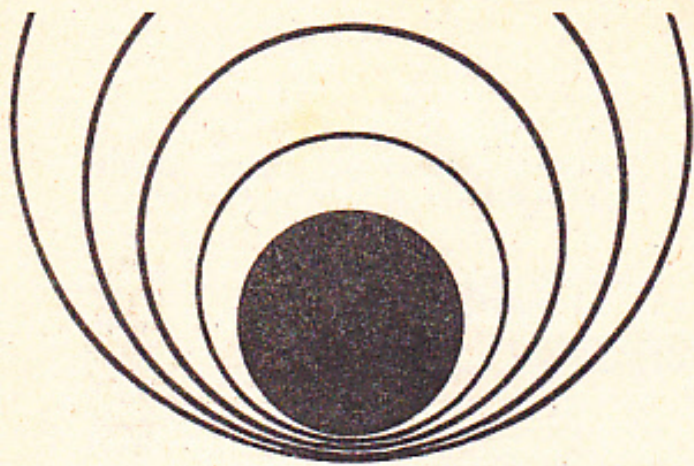


POLICIACO

MADRUGADA FATAL

Lucky Marty





PUNTO ROJO



LUCKY MARTY

MADRUGADA FATAL

Colección PUNTO ROJO n.º
1.097 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BRAVO OESTE:
 - 586 — Cazahombres.
- En Colección ASES DEL OESTE:
 - 651 — Mortal como el veneno.
- En Colección CALIFORNIA:
 - 1.386 — Tres muertos con una bala.
- En Colección KANSAS:
 - 1.282 — El imperio de los Kendall.
- En Colección COLORADO:
 - 1.332 — Reos de muerte.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
 - 868 — Los vencidos.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
 - 636 — Escrito en plomo.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
 - 1.049 — Río abajo.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
 - 493 — La senda del rencor.
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
 - 1.325 — Un mal golpe.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 9.367 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1983

2.a edición en América: noviembre, 1983

© Lucky Marty - 1983

texto

© García - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N 152, Km 21.650) Barcelona 1983

No hay cosa más escandalosa para la humanidad que unos harapos
ni crimen más vergonzoso que la pobreza.

CHAMFORT

CAPITULO PRIMERO

No hace mucho, el juez Samuel Leibowitz, conocido magistrado neoyorquino, afirmó que la gran metrópolis del Hudson estaba en el deber de desalentar la llegada de nuevos residentes hasta que pudiera absorber la enorme muchedumbre de inmigrantes llegados a Nueva York en los últimos lustros.

Semejante recomendación fue piedra de escándalo para los políticos, los caseros de los barrios bajos y aun para muchos portorriqueños y negros que, sin razón, se sintieron aludidos exclusivamente.

En el fondo, el juez Leibowitz no hacía más que exponer una verdad evidente, de sentido común, que hasta entonces nadie se había atrevido a proclamar en voz alta. O sea: que la actual aglomeración humana es superior a las capacidades materiales de Nueva York, en cuyos accesos de entrada se deberían poner carteles que dijeran esto:

AVISO A LOS INMIGRANTES:
¡NO HAY SITIO PARA TODOS!

La vivienda, el tráfico, las escuelas, el suministro de agua, gas, electricidad, la policía y la hacienda municipal resultan ya insuficientes. Millones de sus habitantes viven en la miseria y andan temerosos por las calles. A cualquiera que piense ir a residir en Nueva York debe recomendársele que no lo haga.

Porque la única esperanza visible de la ciudad es hacer más lenta la llegada de nuevos habitantes, por lo menos hasta poder ofrecer condiciones decentes de vida a los que ya están abarrotando sus barrios miserables, que en su mayoría son negros y portorriqueños, amén de un sinfín de otras nacionalidades, naturalmente que la gran mayoría de ellos son gente de poca capacidad económica.

Cerca de seiscientos mil de ellos han afluido a la enorme ciudad, que ya rebasa los dieciséis millones de habitantes desde 1950. Y lo prueba el hecho estadístico de que una cuarta parte de los alumnos de las escuelas elementales de la ciudad, no hablan inglés. Esos dos grupos citados absorben una abrumadora proporción del presupuesto anual de 175 millones de dólares, que

se destina a beneficencia.

A pesar de ello, no se puede culpar con justicia a los negros y portorriqueños de las calamidades que atormentan a la ciudad. La gran mayoría de ellos son ciudadanos pacíficos y trabajadores. Sus problemas son los mismos que encontraron en Nueva York los primeros contingentes de inmigrantes de Irlanda, Italia y Europa central; pero hoy están entrando demasiadas personas con rapidez excesiva en una ciudad que no es capaz de seguir asimilando a más personas.

La ciudad lo ha intentado, ciertamente. En los últimos 20 años, Nueva York ha construido más de medio millón de viviendas, unas doscientas mil de ellas en barriadas subvencionadas. Han construido más de 620 nuevas escuelas. Han impuesto cargas fiscales a innumerables artículos, desde cócteles hasta tarifas de taxis, en forma tal que su presupuesto anual sobrepasa, y en mucho, no sólo el de cualquier otra ciudad del país, sino también del mundo.

Y, sin embargo, todo este dinero — cerca de tres mil millones de dólares al año —, no basta para cubrir las necesidades de mantenimiento.

La red de ferrocarril subterráneo de Nueva York es la más destartada del mundo; sus calles están generalmente sucias, sus ríos contaminados, su aire cargado de hollín; ha habido que eliminar del presupuesto instalaciones de salubridad e higiene muy necesarias, tales como incineradores y hospitales. Van apareciendo nuevos barrios miserables con más rapidez de lo que se van renovando los antiguos. Millares de familias están viviendo en aposentos asquerosos, infestados de ratas y cucarachas, sin protección contra incendios, por los cuales pagan alquileres escandalosos.

El municipio no puede emplear suficientes inspectores para poner en vigor las leyes de inquilinato y seguridad.

Naturalmente, tales barrios inmundos son viveros de crimen. Una Comisión del Senado, investigadora de la delincuencia juvenil, ha revelado que muchos adolescentes de Nueva York crecen «rodeados de todos los vicios conocidos por el hombre, entre ellos el alcohol, los narcóticos, drogas, promiscuidad sexual y barriadas saturadas de todas las clases de armas».

Con esto no es de extrañar que la policía no pueda mantener el orden, que los maleantes juveniles sostengan combates con armas de fuego en las esquinas de las escuelas, y hasta que se robe a los maestros a punta de navaja, en sus propias aulas.

Los neoyorquinos que pueden permitírselo huyen de todo esto e instalan sus viviendas fuera de la enorme ciudad, haciendo

también esfuerzos arduos para enviar a sus hijos a escuelas particulares, incluyendo en esto a los negros que, o son ricos, o mantienen puestos de trabajo fijos.

En número creciente, empresas comerciales agobiadas por los impuestos elevados, el embotellamiento del tráfico y el exorbitante costo de sus operaciones en Nueva York, están marchándose de la ciudad.

Esta, en lugar de hacer oídos sordos a la verdad que no quiere oír, DEBERIA darle publicidad por todos los medios a su alcance. No tiene medio legal para impedir la entrada a los que llegan a vivir a ella, pero podría emprender una campaña publicitaria para decir a todo el mundo:

a) Si una persona encuentra la vida intolerable donde reside actualmente, no debe trasladarse a Nueva York. Lo más probable es que la vida le sea mucho más insoportable allí.

(Muchos portorriqueños ya están aprendiendo esta dura lección.)

Hace años, alrededor del 95 por ciento de los que abandonaban su isla se encaminaban a Nueva York: hoy esa cifra es sólo del 60 por ciento, pero todavía están afluyendo en proporción de unos sesenta mil al año. Nueva York no puede resolver problemas demográficos de Puerto Rico ni ofrecer asilo a todos los negros que abandonan anualmente los muchos problemas que encuentran en los estados del Sur.

b) Nueva York no tiene obligación moral de proporcionar vivienda subvencionada a toda familia pobre que concibe la idea de trasladarse a la gran ciudad. Ni le es materialmente posible hacerlo. Tampoco puede ofrecerles empleos que les permitan vivir decentemente y pagar los altos alquileres actuales. Porque, se quiera reconocer o no, Nueva York es una ciudad de jornales bajos, cuyo promedio es muy inferior al de la mayoría de otras zonas metropolitanas; y además, no hay empleos suficientes para todos.

Este panorama cambia, naturalmente, para muchas personas que llegan a disfrutar puestos elevados, con muy buenos sueldos. Nueva York todavía puede ser un lugar encantador para quien tenga los medios de vida suficientes, aunque en proporción, estos afortunados son pocos.

c) Cuanto más crece una ciudad, más cuesta su sostenimiento por persona. Esto los especialistas lo podrían aclarar mejor: una metrópolis de cuatro millones de habitantes puede necesitar un presupuesto 10 veces mayor que una ciudad de dos millones. Y cuando pasan de quince millones, probablemente no exista medio alguno de obtener jamás los fondos suficientes para sufragar las

viviendas, las escuelas, los hospitales, los transportes urbanos y otros innumerables servicios públicos.

Como el dinosaurio. Nueva York ya ha llegado a tener un tamaño inmanejable, y un crecimiento aún mayor sólo puede acarrear un desastre.

CAPITULO II

Todas estas connotaciones son necesarias, para mejor interpretar los escenarios en los que los protagonistas de esta historia se tuvieron que mover, vivir... ¡y morir!

Por ejemplo, tememos el famoso barrio de Harlem de Nueva York, situado al NE de Manhattan, y habitado por la más importante comunidad negra de los Estados Unidos de América, compuesta por más de ochocientas mil personas. Cerca de un millón de seres humanos de color, ya que la población anglosajona lo fue abandonando, progresivamente, desde 1910 hasta quedar habitado exclusivamente por negros, italianos e hispanoamericanos, especialmente también portorriqueños.

Y, como es un hecho mundialmente conocido, no habrá que insistir mucho en decir que las misérrimas condiciones de vida de la mayor parte de sus habitantes, contrastan en gran manera con la de la restante población de Nueva York, lo que convierte a Harlem en un barrio particularmente receptible a los frecuentes y violentos disturbios raciales, que se vienen produciendo en este país, sobre todo desde los comienzos de los años 60.

No podía ser de otra manera, habida cuenta de que en este enorme, lóbrego y maloliente barrio miserable, centenares de miles de negros viven apretujados como ganado, muchas veces sin nada que comer y nada que hacer, en gran mayoría. Todos los sentidos y la imaginación, la sensibilidad y la emoción, el pensar y el deseo, las esperanzas y las ideas de una raza de sentimientos vividos y profundas reacciones emocionales, tienen que meterse en sí mismos en tal ambiente, como apretados hacia dentro por un férreo anillo de frustraciones: la miseria y los perjuicios que los apretuja entre sus cuatro paredes mugrientas e inescalables.

En este enorme caldero, inapreciables dotes naturales para el amor, la bondad, la ciencia, la música, la poesía o la sabiduría, quedan aplastados y revueltos, diríamos que hirviendo con las heces de la naturaleza elementalmente corrompida durante siglos, con cerca de 400 años de obligada esclavitud. Y así, miles y miles de almas son corroídas, destruidas por el vicio, la miseria y la degradación, siendo borradas, aplastadas. barridas del registro de los derechos humanos, hasta que dar deshumanizadas.

Porque... ¿qué es lo que no habrá devorado en su infernal horno Harlem?

¿Qué es lo que no habrá destruido la miseria, el hambre, la marihuana, las drogas, el alcohol, el vicio, la histeria, la sífilis?

Colmena humana donde las haya, Harlem es un auténtico

infierno sobre la Tierra, capaz de hacer perder la ecuanimidad y la moral al espíritu más forjado y resistente. Y los muchos problemas de esta barriada neoyorquina se ponen más de manifiesto durante el verano, cuando durante los meses de la canícula todo el mundo parece vivir en plena calle. Lo hacen así para librarse del tórrido calor que les aplasta en su insoportable promiscuidad, al tener que vivir, generalmente, en una sola habitación el padre, la madre y, además de otros familiares, los hijos que, frecuentemente, son numerosos.

No: no se trata de exageración ni de romper ninguna lanza en pro de los negros. Por desgracia, es una triste realidad reconocida por las mismas autoridades, que han llegado a admitir que de esa aplastante promiscuidad parten los mayores males, que más tarde se ponen de manifiesto en las calles de Harlem, en donde toda clase de delito, todo crimen y todo vicio tienen su asiento.

En estas viejas viviendas, construidas hace muchos años, la edad de sus habitantes suele oscilar desde la lactancia hasta la vejez, no siendo extraño que si los nietos y los hijos han visto a sus abuelos o padres entregarse a sus efusiones sexuales durante la noche, ellos también pretendan imitarles y recurran al consuelo de darse las mismas satisfacciones. Con las variantes, claro está, que cabe suponer en toda esta larga serie de íntimos placeres, ya que bien puede ser que el padre, atraído por los juveniles encantos de su hija, la posea, olvidando todas las consideraciones morales y religiosas; y hasta puede que sea la madre misma la que entre en relaciones incestuosas con su hijo ya púber, en cualquier momento de debilidad para tales expansiones.

Y no es que la raza negra sea mucho más sexual que la blanca, al menos congénitamente. Tampoco es que en estas cuestiones sus frenos morales sean mínimos y sus apetencias tan exigentes que no les pueda frenar ninguna barrera. No es que entre ellos no respeten —como muchos creen— los parentescos familiares. No es nada de todo esto y sí esa insana promiscuidad, ya que cuando se da el mismo caso entre los blancos, los cobrizos o los amarillos, el resultado siempre es igual, el mismo.

Con muchísima razón. Thomas Carlyle nos enseñó que «la miseria, de cualquier clase que sea, no es la causa de la inmoralidad, sino más bien su defecto».

Esto se hace bien patente en Harlem y aun en todas las barriadas míseras que pretendamos analizar, además de existir en el caso concreto de los negros una razón más profunda que no debemos olvidar. A saber: que cualquier clase sometida ha de estar, por sus circunstancias, más acostumbrada a la sexualidad que una clase ociosa y privilegiada. Una clase ociosa podrá estar

más PREOCUPADA por la sexualidad; pero una clase sometida está más EMPAPADA de sexualidad.

Observemos que las clases privilegiadas están como obsesionadas por el sexo, pero que en realidad contienen muy poco del mismo en ellas. Y es que utilizan demasiado sexo en sus manipulaciones de poder, hasta el extremo que, de hecho, llegan a cambiar el sexo por el poder. De esta manera, aun sin quererlo, ven restringida su sexualidad, en tanto que las clases sometidas tienen que tomar sus deseos de poder y enterrarlos de nuevo en el sexo, como único escape libre.

Nadie ignora que promiscuidad, miseria, desempleo y vicio, son los canales que conducen al delito y al crimen. La primera degrada al ser humano; la segunda lo debilita, física y moralmente; la tercera circunstancia lo convierte en un animal de presa, y al no poder satisfacer sus necesidades mediante un empleo. La cuarta circunstancia es la lógica salida de las otras, al tener la NECESIDAD de buscar un lenitivo que calme o al menos atenúe todas sus desesperaciones.

El número de parados entre la población negra de Harlem es el más elevado en la rica y floreciente metrópoli de Nueva York que, insistimos, en nuestros días ya ha alcanzado la asombrosa cifra de unos dieciséis millones de habitantes, en el conjunto de su área suburbana que se desborda sobre Nueva Jersey y otras barriadas.

Y todos estos hombres sin empleo pueden ver, desde sus vetustos y ruinosos edificios, semiderruidos e invadidos por las ratas y las cucarachas. los relucientes, iluminados y gigantescos rascacielos de Manhattan, elevándose al cielo como un desafío a su pobreza, metiéndoseles en la cabeza la obsesionante idea de que desde tales alturas el hombre blanco sigue esclavizándole y le escupe en la cara.

Otra triste realidad que. en parte, hace comprender el aburrimiento y la desesperación de muchos jóvenes negros, que al sentirse marginados, olvidados y menospreciados, no ven más que dos formas de salir de su triste condición: el crimen y la prostitución.

Actividades delictivas que. indefectiblemente, tarde o temprano, les llevará a enfrentarse con las autoridades, a las que dirán en son de reto y en un intento de defenderse y hasta justificarse:

—¿Qué querían que hiciera? ¿Integrarme en la sociedad de los blancos, la de ustedes?

—Deberías hacerlo —replicará el policía.

—¿Y cómo puedo querer a los blancos que violaron a mi abuela, que encarcelaron a mi abuelo, que mataron a mis tíos,

que esclavizaron a mis antepasados, los que lanzaron bombas atómicas en Japón, que exterminaron a los indios, que enviaron a mis hermanos a luchar al Vietnam y que me mantienen a mí encerrado en los barrios miserables?

—Todo eso es política —volverá a decir el policía

—¡Es la verdad! —aseguraré el joven negro.

Cierto que muchos de esos delincuentes juveniles cometen sus delitos bajo los efectos de las drogas, generalmente simple marihuana. Pero, drogados o no, lo real es que los atracos y los robos están a la orden del día en las calles de Harlem, produciéndose todas las noches en cualquier lugar y circunstancias. Navajas, porras, cadenas de bicicleta o de moto y hasta pistolas, son las armas que normalmente suelen utilizar.

Armas todas ellas peligrosas, que también salen a relucir en cualquier incidente entre negros y blancos, o entre la policía y los revoltosos, que hacen que la sangre corra y al otro día se produzcan las consabidas «represalias» en las que, no pocas veces, cae gente ¡inocente en las calles.

Debido a todo esto, no se extrañe usted que al desembarcar en Nueva York, los encargados de las agencias de viajes le sermoneen con una larga serie de consejos:

—No circule por las calles de Harlem después de la caída del sol.

O bien, insistiendo una y otra vez:

—No lleven mucho dinero encima, si al fin decide visitar el barrio negro.

—Procure utilizar ropa muy usada: un buen traje basta para que se convierta usted en el punto de codicia de muchos.

—No acepte como guía a ningún desconocido, aunque sea un simpático y amable niño. ¡Puede llevarle a la trampa!

Abrumado, usted preguntará:

—Pero ¿es que Harlem es peor que Singapur, Marsella. Hong Kong o La Casbah de Argel?

—Lo es, señor —le dirán, y sin exagerar—. Calcule usted que Nueva York es la capital mundial del sexo, el alcohol y las drogas. ¿No ha leído las estadísticas?

Si alguno tiene la curiosidad de hacerlo, comprobará que es así. Y si sigue investigando en este sentido, se enterará que las liquidaciones diarias de los propietarios de los bares y los prostíbulos de Harlem asciende —y con gran ventaja—, a los sueldos que pueden cobrar todos los magistrados reunidos de Norteamérica en un año. También se enterará de que en Nueva York cada día se consumen tantos martinis, tantos manhattans, tantos cócteles y tanto whisky, que con todo este líquido

trasegado al estómago de los norteamericanos, podría flotar tranquilamente el transatlántico mayor del mundo.

En Harlem, aunque los bares están abiertos hasta las cuatro de la madrugada, tal cosa no basta. Por eso existen tugurios y locales más o menos «clandestinos», en los que se puede beber y alternar a cualquier hora del día o de la noche: Son aquellos que habitualmente conocen con el nombre de los King-Kongs, sin explicar a qué se debe el motivo de darles tan genérico nombre.

Pero en el gigantesco Harlem todo el mundo se entiende y sabe que un King Kong es un sitio al que se puede ir a beber y a emborracharse a todas horas, seguro de que encontrará mujeres, o los hombres que secretamente uno pueda apetecer. A sitios así acuden los visitantes y los turistas ansiosos de pasar una «apasionante noche divertida», con la garantía de que no saldrán defraudados.

Aberraciones y «caprichos» que, a su vez, los negros de Harlem ofrecen a sus visitantes a manos llenas, conscientes de que todo aquel que visita su barrio no viene, en la mayoría de los casos, por simple curiosidad o tipismo, sino más bien para dar rienda suelta a sus apetitos inconfesables, que no podrían satisfacer con la misma libertad e impunidad en cualquier otra parte de la gigantesca ciudad.

En una palabra: que el barrio de los negros es el «sumidero». la cloaca, donde se puede hacer todo y de todo.

El barrio negro de Harlem tiene su leyenda fabricada en los escenarios de Broadway y en los estudios cinematográficos de Hollywood.

Pero ni en los escenarios de los teatros, ni en las películas que guionistas y directores se han atrevido a ofrecer, al menos hasta ahora, se han atrevido a poner todo lo que en realidad significa Harlem. Bien está el colorido, el tipismo y la ambientación: bien está hacernos ver un Harlem abigarrado, multiforme y multicolor: bien está representarnos sus calles llenas de negros y negras provocativas, con niños pequeños jugueteando en las aceras, o sentados con cara de hambre y ojos de mirar triste, o de odio: bien está que nos digan que en Harlem millares de hombres y mujeres trafican con sus cuerpos, con drogas y se embrutece con todo eso.

Pero... ¿y lo «otro» dónde está?

Está en las páginas que siguen...

CAPÍTULO III

Cuatro veces al día, Gene Wills y su compañera Allison Tender, se encerraban en su cuartucho con la heroína.

Desesperados y a la par resueltos, apretaban el torniquete con los dientes para hacer pasar a sus venas el líquido de la jeringuilla, cuya aguja se clavaban en los brazos para sentir, rápidamente, una tranquila sensación de paz que los envolvía.

Ya, a fuerza de tiempo, los dos sólo vivían para la droga.

Una inyección, y todos sus problemas se esfumaban.

Nadie que no sea toxicómano puede imaginar cuán poderoso es el yugo de la heroína. Por obtener la droga, el vicioso es capaz de mendigar, de recorrer largas distancias, de velar noche tras noche, de robar a causa de ella a quien ha amado y respetado, y hasta de arriesgar la vida.

La heroína lleva a la miseria y a la desesperación a mayor número de toxicómanos que cualquier otra droga.

Los que no conocían en Harlem a Gene Wills y a la bonita mulata Allison Tender, al verlos pasar por las calles pensarían que eran una pareja de jóvenes negros, simpáticos, ansiosos de llegar cuanto antes al cine, al supermercado o a clase; pero, en realidad, iban siempre movidos por la droga.

En muchas ocasiones, él iba a robar y ella a prostituirse. O ambos a revender heroína a otros desesperados, para poder costearse su propio consumo. Era la droga lo que les empujaba a calles lóbregas, a esquinas mal alumbradas, a habitaciones inmundas, a tratar con rufianes y otras prostitutas.

A veces, cuando ya no podían más, a hospitales o a la cárcel...

Como todos los toxicómanos. Gene Wills era un hombre muy ocupado. Nada más despertar por la mañana, se ponía inmediatamente a buscar su «equipo»: el cuentagotas, la aguja — Gene lo llamaba mejor «el agujijón» —, y la tapa de un frasco — el «hornillo» —. Vaciaba un poquito de heroína en el agua que había puesto sobre la tapa, calentaba la mezcla con la ayuda de un fósforo y se inyectaba: una inyección matinal para evitar la angustia y el malestar de la desintoxicación y para sentirse lo suficiente calmado para comenzar el día.

Este hábito le venía a costar unos treinta dólares diarios. Y eso porque Gene Wills llevaba mucho tiempo así y conseguía buenos precios y algunas «ventajas».

Por eso debía salir a robar.

Naturalmente, tenía que robar «algo» que valiese cien dólares, por lo menos, pues sabía que el «perista» — el comprador del artículo robado —, tan sólo le daría una cuarta o. todo lo más. una

tercera parte del valor del botín.

Una vez que lo conseguía, se iba a ver al viejo Schul e iniciaba con el astuto «perista» el consabido regateo:

—Necesito cincuenta dólares, viejo.

—Te doy quince.

—No seas canalla. Schul. ¡Los necesito!

—Todo lo más, veinte pavos. ¿Hace?

El viejo Schul era un negrazo maldito, con más costras que un galápagos: nunca se podía con aquel zorro, que también cobraba crecidos intereses, si es que alguna vez se dignaba adelantar alguna pequeña cantidad, por objetos que aún estaban por robar.

—Corro mis riesgos —solía argumentar a sus proveedores—, ¿Y si los polis te detienen? ¿Quién me pagaría mi dinero?

Al pobre Gene Willis aquellas discusiones se le antojaban interminables, sobre todo si ya hacia horas que había tomado su «despertador» y volvía a sentirse mal, nervioso. Por eso lagrimeaba y ante los síntomas que nuevamente empezaba a mostrar su cuerpo, solía decir:

—¡Está bien! Dame esos cochinos veinte dólares.

Cuando conseguía el dinero inmediatamente salía a buscar a un «camello» —el enlace que le vendía la heroína—, aun que no tenía que ser un «camello» cualquiera, sino uno conocido, y, sobre todo, que traficase con heroína de buena calidad; con «dinamita», no con «basura».

Conseguida la nueva ración, entonces se enfrentaba con el problema de diluirla en el hornillo e inyectárselo en el brazo sin que le sorprendieran, pues eso le llevaría a prisión. Cuando por fin se la inyectaba, podía empezar a juzgar al instante la calidad de la droga.

Si era lo bastante pura, se calmaba, le desaparecía la sensación de resfriado y padecer gripe. Y desde aquellos instantes... Otra vez a buscar dinero para el próximo pinchazo.

Lo suyo no era vivir...

Pero Gene Wills y Allison Tender dejaban pasar sus días en aquella constante angustia, como tantas otras parejas de Harlem.

¿Qué podían hacer?

Por supuesto, a sus veinticinco años, ambos ya habían violado las leyes antes de iniciarse con el uso de la heroína: ella, como meretriz de el Medio Oeste de los Estados Unidos, y él como ladrón en Nueva York.

La joven y bien proporcionada Allison Tender era la primera persona de su numerosa familia que se había aficionado a la droga; pero Gene Wills tenía dos hermanos también toxicómanos: John y Bruck le habían iniciado a él.

Aunque tanto ella como él habían probado muchos estupefacientes, ambos preferían la heroína, del mismo modo que el gastrónomo prefiere el vino a la cerveza. Los dos también habían estado en la cárcel —Gene nada menos que diez veces— y Allison tan sólo dos. En hospitales Gene en cuatro ocasiones y Allison dos.

Pero siempre habían vuelto a lo mismo: la heroína.

Estaban bien atrapados, señor...

Desde hacía tres años habían decidido unir sus vidas y usaban el mismo apellido, Wills, aunque en realidad no estaban casados. Al respecto a veces Allison comentaba:

—En cierta ocasión. Gene y yo llegamos hasta hacernos un análisis de sangre para casarnos... Pero ha ido pasando el tiempo... ¡Ya me es todo igual! ¿De qué sirven unos papeles «legales»?

Con lo que ella ganaba como prostituta sostenía, a la par que su propio vicio, el hábito de Gene, quien de vez en cuando y sólo cuando tenía suerte, contribuía con el poco dinero que obtenía de ir husmeando por ahí.

Cuando nada conseguía, Gene Wills se ponía a pensar en su perra vida y a él mismo se daba asco. Era cuando recordaba a los de su familia, que habían quedado en el Sur, excepto sus hermanos John y Bruck, que también se cansaron de cobrar sueldos de miseria y le lanzaron a la droga.

—Somos como animales —decía en tales ocasiones—. Odio Nueva York y sobre todo este apestoso Harlem. ¡Nunca saldremos de esta basura!

El «mundo» de Gene y Allison se centraba en la esquina de la calle 71, donde Broadway, que corta diagonalmente la isla de Manhattan, se cruza con la avenida Amsterdam. Para los pasajeros del metropolitano, este cruce es la plaza Sherman: pero los toxicómanos la suelen llamar «parque de las Agujas».

Los adictos a la heroína frecuentan el parque de las Agujas porque está rodeado de hoteles baratos, necesarios a las prostitutas; porque a tres manzanas —distancia fácil de recorrer para un vicioso desesperado— vive gente acomodada a quien se la puede robar, y porque probablemente hace ya mucho tiempo alguien empezó a vender allí estupefacientes y la zona cobró fama de ser un buen lugar para encontrar a los «camellos» que pasan y repasan, vendiendo la droga.

Si: allí siempre se puede conseguir, dinero en mano, por lo menos una dosis.

Como otros muchos. Gene y Allison habían llegado a saber que, en sus días, toda la droga que se vendía en el parque de las

Agujas la suministraban un sujeto que vivía en un lujoso apartamento, en una hermosa y limpia calle del este de Nueva York. Este individuo compraba la droga por «piezas» —por onzas—, la adulteraba y la empaquetaba en pequeñas bolsitas, que entregaba a otros para su venta, a comisión, a un grupo de «promotores»..., la mayoría también adictos.

En realidad, tales «promotores» tenían poco que promover. El mercado de la heroína es un paraíso de vendedores en el que los toxicómanos se disputan al enlace que dispone de buena «dinamita».

La verdad es que, esa imagen que no se sabe quién «fabricó» del enlace tenebroso que incita a los inocentes a probar gratuitamente un paquetito de heroína, es un puro mito: cosa de malas películas.

La comisión que obtiene el promotor toxicómano suele ser la misma en toda la ciudad. Por treinta dólares el promotor compra quince bolsitas, con un valor de tres dólares cada una, atada con una gomita elástica: revende las necesarias para recobrar su inversión y, generalmente, él consume el resto.

De vez en cuando, el toxicómano puede llegar hasta interrumpir «voluntariamente» su vida callejera y se interna en un hospital. Lo hacen así porque su organismo ha adquirido tal tolerancia a la droga, que necesita inyectarse una cantidad enorme de heroína, no ya para «pasmarse», sino para no enfermar. Es cuando ingresa en el hospital, con el fin de tener que abstenerse de la heroína y de volver al punto en que le bastarán una o dos bolsas para experimentar de nuevo el «pasma».

Cuando el adicto del sexo masculino no actúa como promotor, casi invariablemente se dedica al robo, como hacía Gene Wills, con el fin de poder sostener su vicio. Uno de los más hábiles ladrones del parque de las Agujas era John Wills, el hermano mayor de Gene y Bruck, negrazo de alta estatura, de unos treinta años y que ya a los nueve años fue arrestado por primera vez, por arrebatarse el bolso a una señora blanca.

Luego robó una bicicleta, más tarde un coche y volvió a conocer vivir entre rejas. A los veinticinco se aplicó por primera vez heroína inyectada directamente en las venas y desde aquellas fechas ha sido muchas veces detenido por la policía. También había estado en el hospital federal para toxicómanos situado en Lexington, en el estado de Kentucky.

John Willis era casado, pero como su esposa no era toxicómana como él, procuraba estar con ella lo menos posible, prefiriendo la compañía de sus hermanos y la de Allison por ser también adictos.

La verdad era que muchas veces el pobre John Wills no tenía ni dónde dormir y entonces, o se pasaba el tiempo sentado en los bancos del parque de las Agujas en espera de lo que le podía caer por allí, o en una cafetería cercana: o simplemente paseando sin rumbo fijo.

Una vida de perro perdido.

Si John Wills no encontraba a sus hermanos, se pasaba la noche buscando autos que saquear, o un sitio cualquiera donde acostarse. Lo había probado todo y, a menudo, se dormía en el cuarto de baño común de uno de los hoteles que bordean el parque de las Agujas.

John Wills solía contar con regocijo que en cierta ocasión encontró a su otro hermano Bruck «instalado» en el baño del cuarto piso de un hotel de la plaza Sherman:

—Allí le hice una visita —comentaba si estaba de buen humor—. Y vi que incluso tenía la ropa tendida a secar. ¡Es un cara!

Pero estas cosas, tanta pobreza, desesperación y miseria, no se cuenta en las películas que hacen los directores en Hollywood.

Ni se suele hablar nada de las decenas de miles de hombres y mujeres negros que viven en Harlem y que, por más que se esfuerzan, no consiguen un trabajo fijo estable. Que les permita para mal vivir.

CAPITULO IV

Uno de los pocos amigos que tenían Gene Wills y su compañera Allison Tender, vivía en un cuartucho que, en muchas ocasiones, tenían que utilizar. Decía llamarse James Corbert y ya había cumplido los cuarenta, por lo que llevaba dentro del buche mucha, muchísimas experiencias.

Cuando estaban sin un solo centavo protegía a la joven pareja, más que por caridad propiamente dicha, porque así tenía a quien contarles sus viejas historias: en los billares, los bares y los tugurios de por ahí, ya casi nadie le querían oír.

Una noche que Gene y Allison ya estaban «pasmados» con su dosis y medio dormitaban sobre un sucio jergón, el veterano James Corbert se puso a contarles, con media bote lia de whisky en la barriga:

—Una vez tuve una mujer tan joven y bonita como tú, Allison, amiga de Gene.

—¿Una mujer blanca. James?

—No, no... ¡Era una perra negra! Una perra negra que tenía un gancho como el de *Sugar* Ray Robinson. Tenía que noquearla todos los sábados por la noche. Luego comenzaba a llamarme chulo y otras lindezas, pero terminaba retirándose a la habitación y me llamaba desesperada. ¡Era ninfómana!

«Cuando yo acudía se tiraba sobre mí y no paraba hasta que la poseía varias veces. Yo no hacía más que preguntarme: “Bien, James: ¿cómo se debe tratar a una perra negra que no puede vivir con uno sin pelear?” ¡Y no necesitaba estar enfadada para iniciar la pelea! Es que le gustaba la “marcha”. Hice algunas pruebas con ella. Ensayé toda clase de técnicas. Hasta que una noche me negué a discutir. Me quedaba desde entonces callado y mirándola de una manera que le diese a entender que yo no estaba enfadado con ella, como si le dijese: “Mira, perla negra, tú decides. De lo que pase, tú tendrás la culpa”... ¡Pam!, me pegó en la boca... Fue entonces cuando me di cuenta de que no me podría seguir aceptando como su hombre, a menos que actuase como un bruto y ejerciese mi fuerza física contra ella. Pero no, no le devolví aquel golpe, amigos. Sentía una rabia como nunca, como nunca, antes y después, he sentido. En verdad, creo que por un momento perdí la razón. La cogí por un brazo, saqué mi navaja de resorte y la obligué a sentarse en ese viejo sofá. Me di cuenta de que ella estaba pensando que le había llegado la última hora. Tenía los ojos abiertos como una vaca y estaba de verdad asustada. Le puse la navaja en la mano y hice que la cogiese. Luego la abracé con

mis brazos y apoyé la cabeza en su regazo. ¡Estaba muy furiosa, pero nada decía! Luego sí, me amenazó con cortarme ella la yugular a mí, si no me levantaba. Yo estaba fuera de mí y no tenía intención de levantarme. Me parecía que si me levantaba ya no podría vivir otro segundo más junto a ella. Así me sentía... Sentía que si me levantaba y la soltaba o trataba de protegerme de alguna manera contra la navaja, no podría seguir viviendo. De manera que allí me quedé, enseñándole mi vena yugular. ¡Y me quedé dormido! Al principio, ella trató de quitar mi cabeza de su regazo, después dejó de hacerlo y luego empezó a llorar. Pude sentir sus sollozos, que sacudían su hermoso cuerpo. Pero mantuve cerrados los ojos y me puse a dormir de verdad. No soñé, ni nada. Fue un sueño profundo, tranquilo, dulce... Todavía puedo recordar el éxtasis de ese sueño. Jamás había dormido en mi vida un sueño tan benéfico. Cuando desperté tenía la cabeza acunada en su regazo y una luz santa, hermosa, brillaba en su rostro. Una expresión completamente diferente de todas las que había visto antes en su cara. Luego recordé el cuchillo y se apoderó de mí un gran miedo. Me levanté de un salto y miré en torno. Ella había cerrado la navaja, le había roto la hoja y la había arrojado a un rincón. Mi estómago se puso a temblar cuando advertí el gran peligro que había corrido...

»Durante todo un mes nos llevamos estupendamente bien. Ella salía de “trabajar” y traía muchos dólares, porque era joven y bonita y una negra así gusta mucho a los hombres. En nuestras relaciones ahora había una vida y un vigor nuevos. Durante ese tiempo, no tuvimos una sola disputa, no nos dijimos una sola palabra áspera. El granito, el acero, eso que odio yo en las perras negras, había desaparecido. Y, curiosamente, yo la poseía con más deseo, con más fuerza, sentía que actuaba con toda naturalidad, sin tener que andarme fingiendo con ella. Parecía como si viviésemos esos días en un baile de ritmo perfecto, de pasos precisamente armonizados. Hasta que al poco, un día, conduciendo nuestro coche me pasé una luz roja por una fracción de segundo y entonces se nos acercó un chulo motorista blanco y se puso a burlarse:

—Oye, muchacho. ¿Eres daltónico? ¿Es que no ves? ¿Para qué tienes esos ojos en la jeta, negro?

»No quería que me pusieran una multa y decidí hacer que no le oía, dándole de lado. Por eso me puse actuar como nos dicen que debemos hacer con los hombres blancos, le ofrecí una sonrisa y le expliqué que lo sentía mucho, muchísimo, que había creído poder pasar a tiempo, pero que mi viejo automóvil era demasiado lento y mil excusas más. El tipo aún me habló de más mala manera: me

largó todo un sermón acerca de lo importante que era que yo obedeciese las leyes y reglamentos y de que una sociedad no se puede regir y administrar si nadie obedece la ley. Claro, yo me puse a soltarle un montón de: “Sí, señor” y de: “no, señor”, y entonces sacó la libreta y me extendió la multa, pidiéndome que me largase y que me portase mejor en otra ocasión, porque si no... Cuando arranqué, volví a mirar hacia mi perla negra y noté que estaba muy furiosa conmigo. La dulzura de los últimos días se había esfumado de sus brillantes ojos y era de nuevo el acero y el granito. Al llegar a casa, trató de comenzar una pelea y me llamó “calzonazos” y otras lindezas, acusándome de haberme “cagado” ante un hombre blanco; pero yo me negué a responder. Y ella, sin decir una palabra más, se puso a recoger todas sus cosas y me dejó... ¡La muy perra me cortó como nadie me ha cortado en mi vida! Se consiguió otro hombre. ¡Pobrecito de él! Se lo pasaban peleando hasta por las calles. A ese tipo le gustaba pelear con ella tanto como a ella le gustaba pelear con él. ¡Ja, ja, ja! ¡Eran muy felices juntos...! Después, ¡zas! Mató al tipo. Le disparó en plena calle, a la luz del sol; lo mató como a un perro, y encima ganó el pleito en los tribunales. Lo llamaron algo así como: homicidio “justificado” o cosa parecida. Resultaba que el tipo tenía un “tomo” así de grande y largo en comisaría. Luego, la perra negra se cambió de hombre, porque sin ellos no sabía estar. ¡Yo lo sé muy bien! Pero con este empezó a cantar profesionalmente. ¡Tuvo un gran éxito! Así que su nombre y su retrato aparecieron en todas las partes, en todas las revistas y periódicos. ¡Era formidable! Yo me sentía feliz de que hubiese triunfado, de que ganase tanta pasta. ¡Ganó un montón de dinero la tía! Y luego, ¿a que no sabéis lo que hizo? ¡Se casó con un blanco! Sí, se casó con un tipo que era un vagabundo, un bueno para nada. No hacía más que presumir el rubito con ella colgada del brazo. No tenía ni un níquel cuando se casó con ella. Pero la perra negra le dio todo su dinero. Y el tipejo blanco se comió toda su cuenta bancaria. Se compró un gran club aquí en Harlem y luego va y “zas”, se divorció de ella, el muy pendejo. Después de este disgusto, la perra perdió toda habilidad para cantar y empezó a caer y a rodar, a rodar y a emborracharse. Su capacidad para ganar dinero se redujo a la nada. ¡Ya ni con su hermoso cuerpo! Así que abandonó toda esa vida y empezó a cantar misas en una iglesia, donde la habían dado cobijo. Allí sigue ahora, cantando espirituales...

Al llegar a este punto, ni Gene ni Allison le escuchaban; pero al veterano James Corbert eso le importaba un higo. El había soltado el cuento de su vida y ya no podía parar: el whisky que

apuraba de la botella le hizo seguir, en voz bien alta:

—Desde entonces, he creído siempre que casarse con un blanco es para una mujer negra como añadir la última estrella a su corona. Es el colmo del triunfo en su propia opinión y en las de sus hermanas de raza. Pensad en cuántas celebridades se han casado con un blanco. Todas las negras que no son celebridades desean serlo para poder casarse también con blancos. Cuando lo besan a uno, no es a uno al que realmente besan: cierran los ojos y sueñan con el príncipe blanco de sus fantasías...

Gene Wills deseó fumar un cigarro y rehuyendo sobre el jergón le preguntó al dueño del cuartucho:

—Dime, James. ¿Le pegaste alguna vez a otra negra?

—¡Ja! ¡Ojalá tuviese diez centavos por cada una de las perras negras a las que he dado una patada en el trasero! Sería tan rico ahora que no estarías tendido ahí, en ese viejo jergón con tu negra. ¡Os podría comprar un lujoso hotel para vosotros dos!

—Pero son mujeres, como todas las otras, incluyendo las blancas, ¿no, James?

—¡Bah! Las negras, sobre todo las que viven aquí, en Harlem, no sé por qué confunden la bondad con la debilidad. Dales un poquito de pie y te crucificarán. ¡Odio a las perras negras! No puede uno confiar en ellas, como en las blancas, y si lo haces, no lo aprecian y no saben qué hacer contigo. Sería como tratar de mimar a una cobra ciega. De todas maneras, todas las negras odian en secreto a los negros. En secreto, todas aman a los blancos. Algunas lo dicen a la cara, otras lo dejan sólo ver en sus actos. ¿No te he dicho que tan pronto una negra tiene éxito se casa con un blanco? Yo me guío por lo que sé y he visto aquí, en Harlem. Conozco a una perra negra que se lo pasa diciendo que no hay nada que un negro pueda hacer por ella, salvo dejarla en paz o llevarle un mensaje a un hombre blanco, o traerle un recado del mismo. No se tienen cariño los negros y las negras. Yo llevo eso en mí tan profundamente, que ya ni siquiera me preocupo por quitármelo de la cabeza. Cambiaría diez perras negras por una sola mujer blanca. ¡Ninguna blanca es fea! Una blanca es hermosa aun cuando sea calva y no le quede más que un diente... Lo que me gusta no es sólo que sea mujer; me gusta su piel, su piel blanca, lisa, suave, hecha para ser acariciada. Me gusta lamer toda su piel blanca como si dulce y fresca miel saliera de sus poros, y acariciar su largo, suave y sedoso pelo. Las blancas tienen una suavidad especial, algo delicado y blando en ellas. Pero una perra negra parece estar hecha de acero, ser dura como el granito y resistente como las piedras, no suave y sumisa como una mujer blanca. No hay nada más bello que el pelo de una

mujer blanca agitado por el viento y revuelto, cuando la está uno amando. La blanca es algo más que una mujer para mí. ¡Es como una diosa, como un símbolo! El amor que siento por ella es religioso y no se puede acabar. La venero, adoro hasta los sucios calzones de una mujer blanca. A veces pienso que lo que siento por las blancas es algo que debo haber heredado de mi padre y éste de su padre y éste del padre de su padre. Hasta llegar a la esclavitud. Debo haber heredado de todos esos negros parte de mi deseo de la mujer blanca, puesto que siento más amor por ella de que un hombre debería sentir. Sí: deseo todas las blancas que ellos desearon, pero nunca pudieron tener. Me transmitieron su deseo, evidentemente. El deseo de la mujer blanca es como un cáncer que se come el corazón y me devora el cerebro. En mis sueños veo blancas que saltan sobre mí, como si fueran tiernos y blancos corderinos; cada vez que una de ellas salta, su dorado cabello flota con la brisa y estalla para atrás como la crin de un potro blanco. Rubias, pelirrojas, castañas, rubias cobrizas, rubias ceniza, rubias artificiales, rubias platinadas. ¡Todas! ¡Todas con sus cabellos al viento! ¡Todas son hermosas. deseables, apetecibles! Y todas aparecen en mis pesadillas de alcohol..

—Estás borracho, viejo.

—Y tú drogado. Gene.

Era preciso seguir dejándole hablar, desahogar su alma, porque en cierta forma, los pensamientos de aquel hombre estaban conforme con los de Gene Wills. Y además, aquella era su casa, el cuartucho donde él y la dormida Allison se habían tenido que refugiar aquella noche.

—Bueno, Gene: lo he estado pensando durante años. Uno tiene que tratar de comprender qué es lo que anda por dentro, ¿sabes, chico? Aunque, realmente, no creo que yo entienda nada de nada, a decir verdad. Pero mis propios pensamientos acerca de las cosas me hacen cargar conmigo mismo. ¿Lo entiendes? Por ejemplo, no sé cómo es, quiero decir que no lo puedo analizar, pero sé que el blanco convirtió a la negra en el símbolo de la esclavitud y a la blanca en el de la libertad y el placer. Cada vez que abrazo a una negra, abrazo a la esclavitud, y cuando tiendo mis brazos en torno a una blanca, bueno..., siento que deseo abrazar a la libertad. ¡Al placer supremo! El blanco me prohibió tomar a la mujer blanca so pena de muerte. Literalmente hablando, si tocaba a la blanca perdería la vida. Los hombres mueren por la libertad, pero los negros suelen morir por la mujer blanca, que a su vez es otro símbolo de la libertad para nosotros, los de nuestra raza. Esta fue la voluntad del hombre blanco y mientras esté en su poder hacerme cumplir su voluntad, obligarme de mil formas y maneras

a someterme a su voluntad en esto y en lo otro, no seré libre. No seré libre hasta el día que pueda tener a una blanca en mi cama y a ningún blanco se le ocurra meter las narices. Hasta que llegue ese día, toda mi existencia estará manchada, envenenada, y seré todavía esclavo y, en cierta forma, también lo será la mujer blanca.

—No sé si te comprendo del todo, viejo James.

—Tal vez no creas lo que voy a decirte, Gene: cuando me estoy acostando con una perra negra, cierro los ojos, me concentro de veras y no tardo en empezar a creer que estoy montando a una corcoveante rubia blanca. ¡Te lo digo de veras! Si bajase la mirada y viese bajo mi a una perra negra, todo se acabaría. Lo mismo podría levantarme y largarme, pues no conseguiría nada. Y te digo que todo negro que dice que no le gustan las blancas es un condenado mentiroso. Yo creo que si un dirigente quisiera a los negros en una sola unidad, lo podría hacer muy fácilmente: le bastaría prometer a todo hombre negro una mujer blanca y a toda mujer negra un hombre blanco. Tendría tantos partidarios, que no sabría qué diablos hacer con ellos...

—Yo tengo un primo que es un líder negro.

—¿Ah, sí. Gene?

—Sí... Se llama Joe Walcott. Ha estado nueve años en prisión por violar a una mujer blanca.

—¡Ja, ja, ja! No podía fallar. Gene. ¡Todos somos igual!

—No, James: aunque hizo eso mi primo Joe Walcott es un hombre distinto. Ha estudiado mucho en esos nueve años encerrados. Se hizo un buen escritor, un tipo muy seguro de si mismo y de lo que se debe hacer.

—¿Y dónde está ahora ese mesías nuestro. Gene?

—Pronto saldrá. Le pondrán en libertad bajo palabra. Y vendrá aquí, a Harlem.

—¿Traerá dinero?

—Nos traerá otras cosas, viejo... Cosas que necesitamos tanto o más que el dinero.

—¡Quita ya, ingenuo! Después de las mujeres blancas, lo mejor de la vida es la pasta. ¡Los dólares!

Lanzada su sentencia, el veterano James Corbert apuró del todo la botella y la lanzó totalmente vacía a un rincón.

—Estoy cansado —musitó—. Ahora déjame dormir, querido Gene...

Ya se había desahogado.

Ahora sólo aspiraba a descansar, a dormir, a hundirse en la nada.

CAPITULO V

Joe Walcott, el primo del toxicómano Gene Wills, fue puesto en libertad en una época muy agitada.

Harlem, y todas las calderas a presión de los *ghettos* negros del país, estaban a punto de reventar: en Nueva York, en Chicago, en Detroit. Los Angeles, Atlanta, en todos los estados del Sur.

Ahora resultaba que. a las muchas organizaciones negras, incluida la no violencia de Martin Luther King, se añadía otra nueva.

Desde que se tuvo conocimiento de su problemática «fundación», el FBI de los Estados Unidos consideró que la temible organización de los Panteras Negras debía considerarla como el enemigo público número uno del país.

No se sabe muy cierto, pero quizá fue a mediados de 1966 cuando Huey Newton y Bobby Seale fundaron la organización de los Panteras Negras en Oakland, en el Estado de California. Pero de lo que sí no hay duda es de que, a diferencia de los Tupamaros, Septiembre Negro u otras organizaciones extremistas, al principio los hombres de color que se afiliaban a los Panteras Negras primeramente practicaron la retórica, antes de llegar, por sus pasos contados, a la acción directa y el desencadenamiento consecuente de la violencia.

Posiblemente fue porque el replanteamiento que se hicieron sus fundadores lo exigía así, ya que cuando se sintieron fuertes sí que atacaron con una violencia jamás vista en otros

países a las autoridades, preferentemente a los policías, a los que empezaron a llamar genéricamente: *pigs*, cerdos.

Y es que, fieles a la verdad, habrá que admitir que en los primeros actos de los Panteras Negras había un cierto lirismo poético, no exento de esa fantasía tan propia de los hombres de color. Por ejemplo, fue frecuente que en sus primeros «programas» el vocabulario utilizado tuviese mucho de común con el que siglo y medio atrás emplearon los llamados Padres de la Patria en la famosa Declaración de independencia. Y se esforzaron mucho en este sentido porque, tanto Huey Newton como el vivaz e inteligente Bobby Seale, deseaban aglutinar, ¡nada menos!, que a veinte millones de hombres de color, con los cuales aspiraban a crear una nación negra dentro de la nación blanca: un estado dentro del estado regido por los blancos de Washington y, en definitiva, un mundo aparte única y exclusivamente para ellos solos.

A fin de cuentas, si se analiza, una forma de racismo como otro cualquiera

Un hecho concreto demuestra que tales aspiraciones fueron ciertas: soñaron con la creación de un gobierno fantasma, capaz de disputar la legitimidad constitucional al de Washington, al autonombrarse Huey Newton, como primera pro videncia, ministro de Defensa: los otros cargos ya se irían repartiendo después, sobre la marcha.

Así las cosas y animándose cada día más, a la par que se apoyaban en el soñado desquite de millones de negros discriminados injustamente en la nación más rica y poderosa de la Tierra, juraron que siendo ellos hijos de esclavos y nietos de esclavos, buscando una analogía histórica, llegarían a convertirse en temibles espartacos, muy capaces de romper por completo las cadenas que les sometían aun a los «débiles» hombres blancos.

Naturalmente, es viejo como la noche de los tiempos que las autoridades establecidas en cualquier país, saben que las palabras son en la mayoría de los casos, el fulminante que prende la mecha de los hechos violentos. Incluso las que se dicen medio en broma, con afán de divertirse.

Grítese: «¡Fuego! ¡Fuego!» en una sala de cine abarrotado de gente, y ya se verá pronto lo que pasa...

Las autoridades de los Estados Unidos intentaron intervenir, pero ya cuando el activo Bobby Seale hacía la propaganda de los Panteras Negras y reclutaba a sus «tropas» en esos inagotables depósitos que son los *ghettos* negros de Harlem, en Nueva York, de Chicago, Los Angeles, Detroit y tantas otras ciudades norteamericanas.

Supuestamente, en todos estos sitios donde reina la miseria más insultante, los dirigentes de color encontraron hombres jóvenes, y desesperados, dispuestos a todo.

¡Absolutamente a todo!

Fue en ese triste universo de hambre y dolor, de odio largo tiempo comprimido y de miseria material y moral no redimida, donde la organización de los Panteras Negras encontraron a sus más fieles seguidores. Y no sólo alistados por el fuego de las palabras que incendiaban sus adormecidos cerebros, sino porque, también, a ellas se acompañaban cosas tan tangibles y concretas como revólveres, metralletas, granadas de mano, cuchillos, fusiles ametralladores y hasta algún que otro «bazooka», capaz de destruir un tanque.

¡Oportunos «regalos»!

Astuta forma de asegurarse la fidelidad de los que serán lanzados a la lucha, para que den sus vidas generosas creyendo que mueren por un ideal. Esperanzadora forma para que muchos salgan del anonimato de su oscuridad, alcanzando la celebridad, la fama y el hálito de los «héroes».

De cualquier forma, el «escenario» se montó bien y en tales comunidades marginadas los chicos de los Panteras Negras supieron captarse de inmediato todas las simpatías.

¿Qué mejor que repartir en Harlem «desayunos gratuitos» para diez mil niños negros mal nutridos? ¿Qué madre no llora lágrimas de gratitud y dicha y no lanza al viento cantos de alabanza, para los que hacen posible tales beneficios?

—¡Bobby Seale!

—¡Bobby Seale! ¡Viva Nuey Newton!

La salmodia se repitió allí donde el líder apareció con su boina negra ladeada —a lo legionario—, sobre la tupida maraña de su cabello al estilo «afro», vestido con jersey de cuello marinero y zamarra brillante de cuero también negro. Es el uniforme que terminará por imponerse entre los Panteras Negras, posiblemente también programado por aquello de que si el hábito no hace al monje, el uniforme sí asegura la confianza en uno mismo: y esto, tanto para el soldado del ejército como para los que, poco a poco, se les va preparando para que se conviertan, en el momento oportuno, en guerrilleros urbanos.

La pregunta surge de inmediato. ¿Y el dinero para todo este aparato?

Entonces no. pero ahora ya se puede decir que no existió más problema que el de asaltar bancos bien repletos de dólares. El dinero sí que no tiene color ni entiende de discriminaciones raciales. Por otra parte, toda tropa necesita un entrenamiento,

una puesta en marcha, un bautismo de fuego que la convertirá en aguerrida y, quizá, con el tiempo y el adiestramiento, en invencible, en vencedora.

Por material humano no quedará.

En los *ghettos* negros, a lo largo y a lo ancho del país, hay muchos aspirantes, muchos voluntarios que desean presumir por las calles con el «uniforme» de los Panteras Negras, que llegarán a hacerse temibles —o admirados— en todo el país. Desde Nueva York a San Francisco; desde Dallas a la frontera canadiense.

Incluso su fama transcenderá fuera de las fronteras de los Estados Unidos.

Además: aún no ha llegado el tiempo del paroxismo de la cólera. Ciertas formas aún se guardan y sus dirigentes se cuidan con esmero de mantener el carisma mesiánico que van adquiriendo, tan necesario en Norteamérica para que todo aquel que desee triunfar en política.

Por eso montaron una editorial y cada semana salían a la calle inicialmente cien mil ejemplares de una revista de dieciséis páginas, al precio de 25 centavos el número. No es sólo un excelente negocio porque las tiradas se agotan siempre y hay más demanda, es que, a la par, sirve de excelente vehículo propagandístico y para entrar en contacto con muchos intelectuales del país: las páginas del primer semanario editado por estos hombres de color para el universo negro, quedan abiertas a todas las plumas que quieran romper una lanza a favor del pueblo oprimido.

¿Y quién resiste esa tentación? En verdad, hay muchas cosas que van mal en el país; muchas injusticias manifiestas. Muchas equivocaciones que siguen en marcha; muchos viejos errores que desterrar; muy mala distribución de la riqueza; una economía de mercado que sólo beneficia a los privilegia dos; muchos políticos interesados, amaña pleitos, corrompidos.

¿Quién no suelta su cuarto a espadas y se da el lujo de gritar a los cuatro vientos lo que lleva dentro, lo que le da la gana, desde tan excelente tribuna?

A los primeros colaboradores se les paga; pero al poco no. Hay cola cada día y los aspirantes a que figura su nombre en la revista del «pueblo», cada día aumentan más y más. Se disputa el privilegio de que, al menos, el vecino del piso de arriba, lea su nombre en letra impresa. Y, de propina, todo se hace por una causa justa.

¡Los negros se están levantando! ¡Por ellos mismos están dispuestos a alcanzar la soñada dignidad humana, que durante siglos se les ha escamoteado!

Se ignora por el momento, claro está, que los primeros beneficiarios son Bobby Seale, Huey Newton y otros muchos dirigentes que mandan en la cúspide de los Panteras Negras. Muchos otros dirigentes, y sobre todo la mayoría de sus afiliados, no saben que allá, en la soleada California, en un lujoso dúplex que da sobre la gran bahía de San Francisco, tienen lugar reuniones importantes y no lo son menos las decisiones que allí se toman.

Hombres como el inteligente Joe Walcott, que se han preparado bien en años de prisión y que colaboran con sus artículos en la revista, se limitan a obedecer las circulares que vienen desde la cúspide del partido, por el cual están dispuestos a volver a la cárcel y hasta dar sus vidas.

Pero los altos jefes, rodeados de todas las comodidades, de todas las exquisiteces que ofrece por dinero «la odiada civilización blanca» empiezan a separarse de la masa de veinte millones de negros que desean aglutinar.

Ellos sí que disfrutan de la mejor marca de whisky, con los trajes mejor cortados, con finas camisas de seda y brillantes zapatos de exportación. Con una corte de guardaespaldas, colaboradores, criados, servidores y amigos armados hasta los dientes, sin olvidar que, cual nuevos jefes de una nueva «mafia», estos líderes que dicen luchar para sacar de la miseria a sus hermanos de raza, también pueden protegerse con los mejores abogados del país.

¿Nueva mafia? ¿No se exagera un tanto?

Pues su forma de enfocar el «negocio» empieza a parecerse mucho a la de Al Capone. Se habla ahora de la llamada «protección», a la práctica de un auténtico *racket* entre los comerciantes negros, que se muestran poco entusiasmados para «contribuir voluntariamente» con su dinero al mantenimiento de la «organización».

En primer lugar, tras recibir la primera visita para fijar la «cuota», al recalcitrante se le envía un ultimátum, por carta o directamente. Y si no paga en los plazos fijados corre el riesgo de que su tienda vuele por los aires por los efectos de una de las bombas de los «justicieros».

El estilo es inconfundible, con la ventaja para la mafia que los Lucky Luciano o el sanguinario Anastasia fueron los primeros que utilizaron en el país la brutal martingala.

Pero la cosa no termina ahí, ya que después de esa «lección» insisten: nada más han sido reparados los desperfectos, pero con la segunda advertencia llega la amenaza de muerte para el comerciante negro y su familia, en el caso de que insista en sus

pocas simpatías y comprensión.

Naturalmente, la mayoría, antes de poner en peligro a todos los suyos, el aterrado comerciante cede. Y paga, claro.

Utilizando tales métodos, los Panteras Negras logran, por ejemplo, que un supermercado de Harlem cierre, cuando hacía recaudaciones semanales de cien mil dólares. Lo que pasó fue que los dueños no aceptaron las intimidaciones y amenazas y los «hermanos» que llevaban el negocio prefirieron echar el cierre, antes de que la comunidad negra de su parroquia tuviese que cantar unos espirituales a la hora de su muerte.

Lo más curioso es que todas las organizaciones negras extremistas, llegado el caso, todas han atacado con más dureza a los comerciantes de su raza que a los mismos blancos. Los Panteras Negras no fueron una excepción y sus «lecciones de castigo» llegaron en muchas ocasiones al crimen alevoso.

Posiblemente, tales exigencias y rigurosidad se debió a la necesidad estratégica de aspirar a presentar un frente unido, sin excepción para los recalitrantes. Al menos ésa parecía ser la aspiración de sus líderes para conseguir ese enfrentamiento total de sus veinte millones contra los doscientos cinco millones de hombres blancos.

No vacilaban ante nada.

Por descontado, tales fanáticos rechazaban con la misma energía la no violencia defendida por Martin Luther King, líder también negro de enorme prestigio en los Estados Unidos, y aun fuera de su país, hasta el extremo de ser merecedor por sus doctrinas del Premio Nobel de la Paz.

Los líderes más principales de los Panteras Negras negaban toda integración pacifista, y a la humanidad y razonamientos de Luther King imponían su violencia más rabiosa, sostenida con la pistola, los atracos a mano armada y la «justicia» sin piedad que sus propios comités nacionales dictaban, de los que crearon veinte repartidos por toda la ancha geografía del país, encargados de proteger a todos los «hermanos» de color, bien perseguidos por los tribunales blancos, bien cuidándose de eliminar a los espías dentro de la organización.

Con el tiempo llegaron a obtener otra saneada fuente de ingresos en las universidades, a las que eran invitados sus intelectuales como Joe Walcott, que no hacía mucho había publicado una excelente y vibrante novela, profundamente comprometida con el universo negro.

El autor de *Encadenados* era frecuentemente pagado a precio de oro, con tal de que diera conferencias en las que se cuidaban bien de abrir todo el abanico de los sufrimientos de los negros, pese a

haber sido abolida la esclavitud hacía más de cien años.

Joe Walcott daba rienda suelta a tales sentimientos con argumentos sólidos y basados en gran solidez. La robustez que muestra la verdad que puede contratarse a la vuelta de la esquina, nada más que cualquier incrédulo se moleste en observar las condiciones de vida de la masa negra, o viajase por los estados del Sur donde el Ku-Klux-Klan seguía haciendo de las suyas, hacía que los jóvenes universitarios blancos le escucharan con agrado y complacencia.

Los estudiantes escucharon tales encendidas conferencias con lágrimas en los ojos, oyendo a un Joe Walcott vehemente y directo que sabía llegar a sus jóvenes y nobles corazones. Y concretamente la Universidad de Nueva York se atestó de público cuando, a los pocos días del asesinato de Martin Luther King, anunció otra que llevaba por título «Réquiem por la no violencia».

Joe Walcott era un hombre alto, fornido, endurecido en nueve años de prisión, con una inteligencia poco común y un afán de justicia que le brillaba en sus ojos.

Desde que salió en libertad, se había esforzado en crear, con otros escritores negros, la Black House en Harlem y en San Francisco, que llegó a convertirse en el centro de la cultura negra no consagrada. Se esforzó también por revivir la «Organización de la Unidad Afronorteamericana» y colaboraba, muy activamente, en revistas y periódicos para, como él decía:

—Legitimar el impulso revolucionario. Enseñar al hombre de color que es perfectamente normal sublevarse. Que hacerlo es una manera directa de recuperar su calidad de hombres y que tienen que oponerse al opresor a fin de poderse experimentar a si mismos como hombres.

Walcott sabía que muchos de sus lectores blancos respondían al ideal de una justicia igual para todos los hombres, olvidando raza, religión o creencias. El no odiaba a los blancos por el solo hecho de serlo y frecuentemente trazaba una analogía de su lucha con la guerra de Argelia, durante la cual muchos franceses rompieron con la sociedad francesa y dieron su apoyo a la independencia de Argelia, pero sólo después de haber superado la mentalidad colonialista que se les había inculcado desde la cuna.

Sin embargo, tras el vil asesinato del doctor Martin Luther King, y en aquella conferencia en la Universidad de Nueva York, pareció tornarse más radical y en su enfado empezó manifestando:

—Señoras, señores... ¡Ha llegado el momento de la decisión!

Los miles de asistentes, con las cámaras de la televisión incluidas, guardaron silencio expectante: conocían la vibrante oratoria de aquel hombre y esperaron.

—¿Qué lado eligieron? ¿Se pondrán del lado del opresor o del oprimido?

Tras nueva pausa prosiguió:

—El asesinato del doctor Martin Luther King nos ha asaltado a todos y, sorprendentemente, ha sido una conmoción también para muchos hombres blancos. Muchas personas, especialmente aquellos de la comunidad negra que renunciaron hace tiempo a la no violencia y optaron por seguir el lema de Malcolm X. «liberación de los negros por cualquier medio necesario», habían estado esperando oír hablar de la muerte del doctor King durante mucho tiempo. Muchos, inclusive, se habían cansado de esperar. Pero que el doctor King tenía que morir, era seguro. Porque era

un hombre que se negó a renunciar a la filosofía y al principio de la no violencia frente a una nación hostil y racista que ha dejado de ver claramente que no tiene la intención, ni el deseo, de reparar los daños causados a los súbditos coloniales negros, a quienes se mantiene en la servidumbre.

»Para los negros militantes el doctor King representó un obstáculo obstinado y persistente, levantado en el camino de los métodos que tenían que emplearse para provocar una revolución en la situación actual. Y por tal motivo, los militantes negros concentraron consecuentemente sobre el doctor King mucho odio, mucho veneno y muchas críticas. Y la situación contradictoria en la que se vio atrapado le empujó a desempeñar el papel de persona odiada y despreciada, tanto por los blancos de los Estados Unidos que no querían liberar a los negros, como por los negros que advertían la actitud de los Estados Unidos blancos y deseaban deshacerse de la engañosa doctrina de la no violencia.

»No obstante, los militantes negros estaban dispuestos a observar tranquilamente lo que hacía, y permitir al doctor King que actuara. Y ahora esa actuación ha terminado.

»La bala del asesino no sólo mató al doctor King, sino que dio muerte a un período histórico. Mató una esperanza y mató un sueño.

»El que los Estados Unidos hayan podido producir el asesino del doctor King es interpretado por los negros —no sólo por los que son militantes— como el repudio final, por parte de los Estados Unidos blancos, de toda esperanza de reconciliación, de toda esperanza de cambio por medios pacíficos y sin violencia. De manera que ha aclarado que la única manera en que los negros de este país obtendrán las cosas que quieren —y las cosas a las que tienen derecho y de las que son merecedores— consiste en devolver al fuego con el fuego.

»En los últimos meses, mientras el doctor King trataba de encontrar apoyo para su proyectada marcha de los pobres hacia Washington, ya tenía el aspecto de un hombre muerto. De un símbolo muerto, podríamos decir con mayor corrección. Odiado por ambos bandos, censurado por ambos, persistió, sin embargo. Y ahora su sangre ha sido derramada. La muerte del doctor King señala el final de una era y el comienzo de un capítulo terrible y sangriento que quizá nunca se escriba, porque tal vez no quede un escriba para llevar al papel el holocausto que tendrá lugar.

»No cabe la menor duda de que está por llegar un holocausto. He estado hablando por teléfono con personas de todo el país —personas íntimamente comprometidas en la lucha de liberación de los negros—, y su reacción ante el asesinato del doctor King ha

sido unánime: la guerra ha comenzado. La fase violenta de la lucha de liberación de los negros ha llegado, y se propagará, señores.

»Por ese disparo, por esa sangre, América quedará pintada de rojo. Los cadáveres cubrirán las calles y las escenas recordarán las horribles, aterradoras, obsesionantes noticias que llegaban de Argelia durante la culminación de la violencia general, inmediatamente antes del derrumbamiento final del régimen colonial francés.

»Los Estados Unidos han dicho "no" a las peticiones de liberación de los negros y los negros no quieren aceptar este "no". Van a devolver el golpe, van a replicar a la jerarquía de este gobierno racista, de esta sociedad racista. Van a vengarse de cada uno según su culpa. Y la culpa de toda esta sangre derramada, de todos estos muertos, de todos estos sufrimientos... pues bien, hemos rebasado la etapa del asignar culpas.

»A los negros ya no les interesa echar la culpa... sea cual fuere la situación, negociar la situación, arbitrar la situación. Lo único que les interesa ahora es reunir todo lo que deba aunarse para crear tales estragos en el país, para obligarle a dejar en libertad a los negros. Pues todas las demás salidas han sido ya cerradas.

»La bala del asesino que abatió al doctor King cerró la puerta que, para la mayoría de los negros, estaba cerrada desde hacía tiempo, ¡mucho tiempo! Para muchos de nosotros era evidente que esa puerta nunca había estado abierta. Pero estábamos dispuestos a permitir que aquellos que aún tenían esperanzas tocaran en esa puerta para que les abrieran, estábamos dispuestos a observar tranquilamente mientras lo hacían. En verdad, no podíamos hacer otra cosa. Pero ahora todos los negros de los Estados Unidos se han convertido espiritualmente en Panteras Negras. Por supuesto habrá quienes se planten ante la mesa y repitan las elocuentes frases del doctor King en pro del mantenimiento de la táctica de la no violencia. Los oirán muchos, pero con otra perspectiva; la gente pensará en el doctor King y en sus sucesores con emoción semejante a la que se siente cuando se contempla el cadáver de un ser querido. Pero todo está muerto ahora. ¡Todo ha muerto ahora! Ahora, tenemos el rifle y la bomba, la dinamita y el cuchillo, y los usaremos generosamente en los Estados Unidos. Los Estados Unidos sangrarán. Los Estados Unidos padecerán.

»Es extraño ver cómo, con cada disparo significativo que se hace, el tiempo se acelera. Cómo los horribles días que todos sabíamos, de alguna manera que habrían de llegar, se precipitan sobre nosotros inmediatamente, y las terribles horas que pudimos

creer que estaban a años de distancia han llegado ya y las tenemos inmediatas, delante de nosotros. Y toda la eternidad se ha ido, ha estallado, arrastrada por la sangre de los mártires.

»¿Es la muerte del doctor King un día triste para los Estados Unidos? No. Es un día más bien congruente con lo que los Estados Unidos exigen a través de sus actos. La muerte del doctor King no fue una tragedia para los Estados Unidos. Este país debería alegrarse por la muerte del doctor King, ya que tanto se esforzó por conseguirla.

»Y ahora todos los locos hipócritas, malvados, que corrompen el gobierno de este país y ensucian los departamentos de policía de este país, todas las declaraciones públicas e hipócritas subsiguientes a la muerte del doctor King, están siendo repudiadas y despreciadas, no sólo por los negros, sino por millones de blancos que saben que si estos mismos bandoleros políticos, traicioneros, hubiesen hecho lo que evidentemente estaba en su poder hacer, el doctor King no estaría muerto, se habría impuesto el espíritu de resistencia pacífica y el terror no habría caído sobre nosotros.

»Esas personas, los departamentos de policía, las legislaturas, los gobiernos estatales y el nacional, los partidos que se alternan en el poder, sin cambiar jamás nada substancial, quienes constituyen la estructura del poder, deben ser consideradas como objetivos inmediatos y símbolos de la vergüenza y de la culpa.

»Pero se ha dicho que un pueblo o un país tienen los gobernantes y los gobiernos que se merecen. Y así podemos ver que ante la muerte del doctor King, nuestro presidente, tiene la audacia de plantearse ante esta nación y exhibir su pesar por la muerte del doctor King, además de alabar sus dones de mando y dirección, así como la resistencia pacífica en la que creyó, el hombre que tiene en sus manos la mancha de sangre de centenares de millones de personas y la conciencia asesina de los Estados Unidos. Si hay un hombre al que pueda atribuirse la responsabilidad más grande por haber provocado el derramamiento de sangre y la violencia, ese hombre es el presidente. Pero no sólo él. Todos los codiciosos, negociantes buscaganancias de los Estados Unidos, todos los dirigentes obreros carentes de escrúpulos, cómplices de los Estados Unidos, todo los inenarrables lamebotas, los grandes hombres de negocios del movimiento en pro de los derechos civiles, y el hombre común en cuyo corazón este maligno y aborrecible sistema ha destilado su odio. La culpa es de todos y de nadie, ¿no?

»Ahora mismo me traen noticias de que Washington. D. C. está ardiendo. Lo único que se me ocurre pensar es esto: quiera Dios

que el presidente arda también. Chicago está ardiendo. Detroit está ardiendo y se escuchan disparos de una punta a otra de Norteamérica.

»Anoche mismo oí al presidente amonestar a su gente, y al mismo tiempo recomendar a los negros de la violencia que desistan, que no sigan el camino de los asesinos del doctor King. Y de toda la baba soltada, una cosa me llamó poderosamente la atención y me ofendió personalmente. El tipo estaba haciendo cambios a una famosa declaración del también asesinado Malcolm X en su discurso titulado “El voto a la bala”. Malcom X había profetizado que si el voto no conseguía alcanzar la liberación para los negros, entonces tendría que imponerse la bala. Y el presidente dijo la noche de ayer que iba a demostrarle a la nación y al pueblo norteamericano que el voto, no la bala, habría de imponerse. Viniendo de él, fue simplemente un insulto, señores.

»¿A cuántos dirigentes negros los mató una bala? ¿No nos están diciendo que al fusil hay que oponer el fusil? A Malcolm X le abatieron los fusiles. A Martin Luther King lo acaban de abatir los fusiles.

»Señoras, señores... Estoy tratando de grabar en cinta magnetofónica estas palabras, porque el director de la revista *Ramparts* así me lo pidió para que salga escrita esta conferencia de lo que significa el asesinato del doctor King para el futuro, sobre lo que probablemente ocurrirá. Es difícil grabar palabras en esta cinta porque las palabras ya no vienen al caso. Lo que viene ahora a cuento es la acción. Y tal vez los Estados Unidos entiendan esto. Lo dudo... Creo que los Estados Unidos son incapaces de comprender NADA que tenga que ver con los derechos humanos. Creo que los Estados Unidos ya se han suicidado y que quienes ahora nos arrastramos sobre su cuerpo muerto, estamos muertos también en alguna parte de ese gigantesco cadáver. Los Estados Unidos han llegado a ser una aborrecible carga en este planeta. Una carga que ya pesa sobre toda la humanidad...

Joe Walcott prolongó aquella vez más su pausa, hasta finalizar así:

—Aunque, bien pensado, en todos nosotros aún está el futuro, señoras y señores...

Los aplausos se hicieron atronadores.

Pero aquéllos eran ruidos insignificantes, para los estruendos, los incendios, los disparos, bombazos y las revueltas que, en muchas ciudades de los Estados Unidos. —y en el mismo Harlem —, empezaban a aterrorizar al país...

CAPITULO VII

Iniciada la «guerra», las batallas campales estallaron en las calles de Nueva York, en Harlem, en San Francisco, Chicago, Kansas City, Detroit, Denver, Salt Lake City, San Luis, Los Angeles, Sacramento y otros muchos estados y ciudades.

Como no podía ser de otra manera, la consigna fue dada por los más altos dirigentes de los Panteras Negras, que así pasaron a la segunda fase de su acción directa. El propio fundador, Huey Newton, había asesinado a un policía en Oakland, Estado de California.

Eso debía servir de ejemplo para todos los fanáticos correligionarios.

Cada Pantera Negra se debía cargar a un «cerdo».

Comenzaron por los *pigs* del Partido Demócrata reunido en la Convención para designar a Hubert Humphrey como candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Aquellos delegados demócratas fueron materialmente «bombardeados» por toda clase de proyectiles, tales como adoquines, botellas, rotas, piedras, barras de hierro y todo objeto que encontraron a mano, no deteniéndose cuando la policía intervino y contra la que lucharon a palos y con cadenas de bicicleta, a navajazos y también a tiros.

El saldo en general fueron doce muertos, treinta heridos muy graves y veinte más menos graves, además de una orden de detención contra Bobby Seale, que fue encerrado en la cárcel de New Haven, en Connecticut.

Y las cosas se agravaron con el posterior asesinato del doctor Martin Luther King...

Prácticamente, no hubo comunidad negra en la que no se desatasen los violentos disturbios. Aunque no todos los que se lanzaron a las calles lo hicieron con la intención de luchar por los derechos de los negros.

En el mismo Harlem, muchísimos establecimientos, almacenes y tiendas fueron bárbaramente asaltados, por los que, a río revuelto, tan sólo buscaban botín.

Los hermanos Wills fueron de los que más se aprovecharon. En unión de Allison y otras muchachas de color. John, Bruck y hasta Gene se dedicaron a la rapiña más desenfrenada, bien cargaditos de droga y pensando que una vez vendido su botín tendrían que comprar un montón de heroína.

A la salida de la cárcel, Joe Walcott había reanudado sus antiguas relaciones con sus tres primos. Habían sido muchos años de forzada separación, pero el intelectual negro consideró que los Wills bien merecían salir de la miseria y el vicio en el que habían

caído.

Como tantos otros, ¿es que no habían sido víctimas de las aciagas circunstancias de una existencia tan sin futuro?

Los ayudó económicamente, les instaló en dos departamentos en el mismo Harlem, y al menos consiguió que el que ocupaban Gene Wills y su amiga Allison Tender fuese un hogar sin agobios, con la promesa formal de que allí no entraría para nada la droga.

Cuando les visitaba, hablaba largo y tendido con la joven pareja. Joe Walcott se esforzaba al máximo en poner de manifiesto que, por lo menos el cincuenta por ciento de la liberación de los negros, radicaba en su formal y honrado comportamiento.

—El vicio es un gran nivelador —les decía—. La costumbre del vicio se vuelve naturaleza, amigos míos.

—Tienes razón, Joe, pero es que nosotros...

—Ninguna cosa está tan en nuestro poder, como la fuerza de voluntad. El que no tiene carácter, no es un hombre, Gene, es simplemente una «cosa».

—Te somos francos, Joe. Ni Allison ni yo tenemos ya fuerza de voluntad. ¡No podremos salir de esto!

—¡Te equivocas! Nuestras fuerzas siempre sobrepujan a nuestra voluntad. El presentarnos a la imaginación propia ciertas cosas, es solamente una excusa que nos ponemos a nosotros mismos.

—Hablas muy bien, Joe. ¡Da gusto oírte, chico!

—Combatirse a sí mismo es la más difícil guerra, Gene. Vencerse a sí mismo es la más bella victoria.

—Nos será imposible...

—¡Nada hay imposible! Caminos hay que conducen a todo. Si consiguiésemos voluntad suficiente contaríamos siempre con suficientes medios.

—¿Aprendiste todo eso en la cárcel? —preguntó la joven Allison.

—Así es, amiga. Allí me di cuenta de que el mundo progresa poco porque los hombres buscan apoyo en los demás y nunca en sí mismos. Así que me puse a estudiar, a escribir con ahínco.

—Pero tú... Gene me ha dicho que violaste a una mujer blanca.

—Lo hice, Allison: no te ha mentado mi primo.

—Lo ha leído en la novela que escribiste y nos regalaste —pretendió excusarse Gene Wills, ante su primo.

—¿Te refieres a *Encadenados*, Gene?

—Sí... Anda por ahí. ¡Nos gusta mucho!

—Tráela, por favor. Comentaremos algunos de sus pasajes.

Gene Wills se levantó y al entregarle la obra que su primo había escrito, éste se puso a leer...

—Aquí está... «No sé cómo, llegué a la conclusión de que, por

principio, tenía una importancia para mí mantener una actitud antagónica, despiadada respecto a las muchachas blancas... Me había puesto fuera de la ley del hombre blanco, a la que repudiaba con mi desprecio y para satisfacción propia. Me convertí en mi propia ley, en mi propia legislatura, en mi propia suprema corte, en mi propio ejecutivo. Para mí, entonces la violación de una muchacha blanca era como un acto de insurgencia...»

—Espera un poco. Joe.

—Tú dirás. Gene.

—Cuando pensabas así, ¿eras completamente sincero al atribuir tus agresiones sexuales excesivamente a tu rebeldía?

—Verás. Gene... En aquel tiempo había leído un montón de obras revolucionarias, aunque sin comprenderlas muy bien. Era muy joven: cosas apasionadas, como los artículos y los libros de Lenin, Bakunin y el mismo Maquiavelo. Creía saber lo que era la insurrección y lo que era la rebelión, de manera que llamé acto de insurrección a la violación.; por el simple hecho de prohibirnos los hombres blancos a sus mujeres.

—Te entiendo.

—Pero he de confesaros que, entonces, lo que profunda mente me deleitaba era el violar lo que según yo eran leyes del hombre blanco, y no niego que me complacía también deshonar mujeres blancas en venganza por la manera en que los blancos habían venido utilizando a las negras a través de tantos años.

Joe Walcott prosiguió durante la sobremesa:

—Me encontraba por aquellos años juveniles exaltadísimo y la violación fue simplemente una de las extravagantes formas que mi rebelión cobró en esa etapa de mi vida. De manera que, probablemente, fue una combinación de «negocios» y placer.

Allison sonrió al desear saber:

—Y ahora. Joe... ¿No deseas violar a ninguna mujer blanca?

—Violarlas, no. Allison... ¡Desearlas, sí!

—¿Quieres seguir leyéndonos esas bonitas páginas que escribiste. Joe?

—Encantado. Gene... Veamos, sí, aquí... «Durante los nueve años que estuve purgando mi condena, ¿qué es lo que me hizo cambiar de puntos de vista sobre la cuestión? Me había extraviado. Me había extraviado no tanto de la ley del hombre blanco como de los seres humanos civilizados, pues ya no podía aceptar el acto de la violación. Aun cuando se me alcanzaba algo de mis propias motivaciones, no sentí que tuviese la razón. Perdí el respeto por mí mismo. Mi orgullo de hombre se disolvió y toda mi frágil estructura moral pareció derrumbarse, completamente

destrozada.»

—O sea, que te arrepentiste.

—Así fue. Allison: me di cuenta de que las mujeres a quienes había victimado no habían participado activamente en la opresión contra mí o contra otros negros. Me había vengado en ellas por todo aquello cuya culpa correspondía al sistema. Y a medida que reflexioné sobre ello, comencé a sentir que me había vuelto menos que humano. También me di cuenta que el precio que hay que pagar por odiar a otros seres humanos consiste en quererse menos a sí mismo. Pero esto no ocurrió de golpe. al comenzar a escribir fue una parte importante de mi propia recuperación. De hecho, cuando como ahora me pongo a recordar, veo que empecé a escribir para salvarme a mí mismo.

—Pero ni Gene ni yo somos capaces de empezar a escribir. ¡Nunca nos podremos librar de la heroína!

—Eso es una tontería, querida Allison. ¡No hace falta que todo el mundo escriba! Ya os he dicho antes que sólo hace falta voluntad. ¡Respeto a uno mismo!

Cuando Joe Walcott se enteró que, en unión con sus dos hermanos. Gene Wills había tomado parte en los asaltos a los almacenes y tiendas de la barriada y en el pillaje, también le sermoneó largamente.

Y así, poco a poco, empezó a convertirles a los dos en personas...

CAPITULO VIII

De cualquier forma, la policía seguía siendo la más fuerte y mejor organizada y el saldo de los disturbios callejeros resultó altamente perjudicial para los excitados Panteras Negras. Es más: hubo optimista que dijo que, a aquel paso, las filas de la organización negra quedarían en cuadro, diezmadas; sólo que el que jugó a profeta se equivocó de medio a medio.

Sofocados los asaltos y los motines en Harlem, a los dos días tres policías caían asesinados; aunque aquella misma noche la policía replicaba, «cazando» a tiro limpio a Bob Hutton, el tesorero de la barriada neoyorquina, cuando con una abultada cartera, que abrazaba contra su pecho, corría hacia un soberbio Cadillac.

La muerte del tesorero de Harlem de la organización negra causó un buen revuelo, o bien les dejó sin fondos, porque automáticamente, y en el mismo día, en distintos puntos del *ghetto* negro se cometieron ¡doce asaltos a bancos!

La policía nuevamente replicó y, catorce agentes armados hasta los dientes y llevando su jefe una orden judicial para efectuar un registro, forzaron la puerta reforzada de un misterioso apartamento de las afueras de Nueva York. La acusación: se tenían noticias de que la casa servía de depósito de armas.

Pero los veinte Panteras Negras que había allí no les dejaron comprobar, al recibirles a tiro limpio, hasta con ráfagas de metralletas y bombazos.

«Milagrosamente», en este feroz encuentro sólo resultó herido un policía, mientras que por el bando contrario no hubo supervivientes. Al identificar los cadáveres los inquietos chicos de la prensa se enteraron de varias cosas ciertamente «curiosas»: allí perdió la vida Fred Hampton, presidente de los Panteras Negras de la sección de Illinois, de veinte años de edad; Mark Clark, de veintidós años, «estrella» que empezaba a brillar con luz propia, acusado en Dallas del asesinato de cinco *pigs* —cerdos policías—; Play Cleaver, de treinta años, también acusado y perseguido por la muerte de dos *pigs*... y diecisiete cadáveres más, muchos de ellos sin poder ser identificados, por las rociadas de plomo recibidas.

Se ha dicho muchas veces —por lo menos en las películas—, que los Estados Unidos son un país libre, aunque posiblemente tan sólo lo sea en parte. Lo cierto fue que, al día siguiente se armó un buen revuelo y en la prensa uno podía encontrar comentarios para todos los gustos y colores.

Se escribió que el cuerpo de la mayoría de aquellos cadáveres

había sido acribillado a balazos en la cama, mientras dormían, aunque siempre quedaba la duda de si no pudieron las «víctimas» recibir a tiros a la policía, cuando desde el lecho les sorprendieron. Esta se defendió diciendo a los periodistas que sí. habían sido recibidos con una andanada de plomo, aunque antes ellos habían dado la advertencia a gritos, como manda su reglamento.

En las calles muchos gritaban:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

—¿Muerte a todos esos *pigs*!

Siempre en honor de la verdad, habrá que consignar que esos ataques de la policía muchas veces se realizaban en los distintos puntos del país a lo que ellos consideraban eran los cuarteles generales de los Panteras Negras. Y ello con tanta frecuencia y parecidos resultados, que hasta el prestigioso abogado Charles Garry, apoyándose en la opinión de no pocos ciudadanos, depositó una denuncia formal en las Naciones Unidas contra lo que calificó de «genocidio del que son víctimas los hombres de color de la organización Panteras Negras».

Resumiendo: después de la sublevación en los barrios negros, de los asaltos, los robos y los motines, en el agitado período que siguió, la policía de Harlem perdió a doce de sus miembros, por ¡cincuenta y dos de ls Panteras Negras! Eso sin olvidar los cuatrocientos nueve militantes que fueron detenidos con uno u otro pretexto, dando con sus huesos en prisión, tras ser juzgados con penas severísimas.

Y como ocurre siempre: los dos principales fundadores de la organización, Huey Newton y Bobby Seale, por estar ya «entre rejas» con anterioridad, no murieron y solamente fueron condenados a tres años y dos meses, saliendo el primero en libertad en mayo y el segundo en agosto de 1970.

Nuevas preguntas surgen. ¿Fue otra de sus astutas «estrategias» estar encerrados, y por lo tanto bien seguros, mientras se lanzaba la alocada ofensiva contra los «cerdos», o ciertamente fue una casualidad y si al final salieron tan bien librados se debió a los miles de dólares que pagaban mensualmente a su ejército de buenos abogados?

Eso nunca se sabrá.

* * *

Uno de aquellos tiroteos tuvo lugar en la calle Veintiocho, en el

intento de la policía de Harlem para sabotear la barbacoa que Joe Walcott y otros intelectuales negros estaban organizando para recaudar fondos para la gente de color.

El tiroteo se produjo la noche antes de la fecha fijada para la barbacoa, a celebrar el 7 de abril, concretamente en el parque DeFremery. El grupo de intelectuales había estado anunciando la celebración de aquella comida en el parque, por las emisoras de radio KDIA y KSOL, repartiendo también volantes en la comunidad negra, así como pegando car teles en toda la barriada. Un camión con altavoces durante toda la semana estuvo informando a la gente acerca de la comida campestre, invitándola a participar, puesto que muchas de aquellas familias tenían familiares detenidos y necesitaban el dinero para poder pagar las fianzas.

Sabían que el departamento de policía de Harlem se oponía a la comida campestre, porque al principio trató de conseguir que las autoridades del parque DeFremery no les autorizase la celebración. No lo consiguieron, pero sí lograron que los encargados del parque les pusieran un cúmulo de reglas ridículas y paralizadoras, como la de no pronunciar discursos en el parque, no utilizar equipo de sonido, ni distribuir impresos.

También hostigaron a los encargados del camión del sonido, mientras que otros activos miembros del departamento de policía se entregaban a la tarea de quitar los carteles que habían pagado ellos anunciando la barbacoa. Los policías de Harlem arreciaron en su actividad, dedicándose también a detener y hostigar a todo aquel que se les antojaba.

Bueno: en Harlem esto era lo «normal», pese a estar en un país libre.

Era una de las tácticas de la policía, que siempre que alguna organización negra intentaba hacer alguna reunión pública y dentro de la legalidad, procuraba impedir que se llevase a término.

¿Por qué? ¿No era un derecho constitucional de todos los ciudadanos de los Estados Unidos?

Si aún después de todas sus artimañas veían que iban a fracasar, detenían a un montón de negros y así les hacían perder dinero, porque tenían que dar fianzas y pagar las costas «legales». El «especialista» mayor en tales artimañas era el capitán McCarthy, del departamento de policía de Harlem, principal instigador de cualquiera que fuese la organización negra, por supuesto con especial interés por los Panteras Negras.

Cuando Joe Walcott y los otros intelectuales negros empezaron con los arreglos preliminares para celebrar la reunión campestre,

un día se presentó el sargento White para intentar arreglar lo que llamó el policía:

—Ya saben, muchachos: toda esa cuestión de la seguridad. Un tal Luddekke, médico en su dispensario de Harlem, se le enfrentó diciendo:

—De eso se encargan siempre ustedes, sargento.

—Por supuesto, muchacho. ¡Pero en esta ocasión el capitán desea arreglar las cosas muy bien! ¡Vayan a verle!

Joe Walcott tuvo que ir a visitar al odiado capitán McCarthy. La cita tuvo lugar en el cuartel general del departamento de policía de Harlem, acompañado de su amigo Luddekke y de Emory Douglas, un excelente abogado que, precisamente, por su inteligencia y astucia, traía frito a la policía por las veces que había conseguido arrebatarles de entre las manos a los negros que injustamente detenían.

Cuando los tres amigos llegaron les recibió en el vestíbulo el sargento White, que les condujo hasta el soberbio, corpulento y malcarado capitán McCarthy. Al entrar en la habitación donde les esperaba, el sargento hizo las presentaciones.

El capitán McCarthy estiró el enorme jamón que tenía por mano para saludarles. Ninguno de los tres hombres negros le extendió su mano y, terriblemente ofendido, se puso a gritar:

—¿Qué pasa, muchachos? ¿Se sienten demasiado buenos como para no darme la mano, o qué?

—Compréndalo, capitán —intentó justificar Joe Walcott—. No nos da usted opción para que nos sintamos sus amigos.

El capitán clavó su mirada gris en los ojos del famoso escritor negro, su mirada fue fría y de gris asesino, su grueso cuello de toro embutido en la camisa y apretado hasta la asfixia por la corbata, empezó a enrojecer. El color fue subiendo desde la nuez hasta la cara y al fin logró decir:

—¡Ya me tienen hartos! No me gustan los negros, leñe. Les estoy vigilando. ¡Estoy esperando a que hagan algo malo! ¡Y lo harán!

Cumplieron con todas las reglas que les dictó el rencoroso capitán McCarthy y todo el departamento de la policía, pero la noche antes de la reunión campestre, cuando Joe Walcott conducía el coche con sus dos amigos, dos coches de la policía les cerraron el paso inesperadamente en la esquina de la calle Treinta y Cuatro y Magnolia.

Sin más aviso, los agentes empezaron a disparar.

Por encima de la cabeza de Joe Walcott, el parabrisas de su coche saltó en pedazos y entonces miró hacia atrás. El abogado Emory Douglas se había agachado por instinto y resultó ileso, lo mismo que Luddekke, que se lanzó precipitadamente a la calle, al

suelo. Un instante después los otros dos amigos le seguían y los tres empezaron a huir con la desesperación en sus piernas, animados por el escritor que les pidió:

—¡Dispersaos! ¡Larguémonos de aquí!

Les estaban disparando desde todas partes y, por segunda vez en el espacio de dos minutos, Joe Walcott gustó el sabor de la muerte en la boca.

Los tres amigos lograron escapar de puro milagro con una amarga experiencia más de cómo les «amaba» la policía de Harlem.

CAPITULO IX

Y las cosas siguieron más o menos así, hasta que ocurrió algo en la barriada de Harlem que a Joe Walcott le impresionó mucho.

Se enteró por el veterano James Corbert, quien siempre ansioso de hablar y contar sus viejas historias de mujeres, ya fueran perras negras, ya rubias blancas, se enteraba de todo.

Aquella noche le tocaba cenar con su primo Gene Wills y la joven Allison, que estaba mucho más mejorada y bonita desde que había dejado la heroína. Por supuesto tampoco correteaba por las calles ejerciendo la prostitución, porque Joe Walcott les había proporcionado un trabajo que nuevamente les hacía sentirse a los dos dignos y responsables.

El veterano James Corbert se presentó de improviso y se unió a la cena. Pero apenas probó bocado y a la primera ocasión, apuntó:

—¿No sabéis lo que ha pasado?

—Tú dirás, viejo —le animó Gene Wills.

—Hace dos días la poli soltó a Max Sharkey.

Joe Walcott sabia aquella noticia, Max Sharkey hacía unos meses se había convertido en el jefe de los Panteras Negras de Harlem, y precisamente su buen amigo, el abogado Emory Douglas, había intervenido en el pago de su fianza para que le pusieran en libertad provisional.

Pero si ignoraba, por completo, todo lo que se puso a contarles James Corbert.

—Ese hijo de perra de Max Sharkey nada más pisar la calle se dispuso a liquidar viejas cuentas con la más pura tradición de la mafia.

—Cuenta. James —volvió a animarle Gene Wills.

—¡Maldita sea! Como si los Panteras Negras fuesen el mismo sindicato del crimen...

—¿Quieres arrojarlo de una vez. James? —intervino la nerviosa Allison.

Según la típica manera de contar las cosas. James Corbert se puso a decir que el *padrino* de los Panteras Negras en Harlem había mandado a sus «soldados» a Manhattan, al objeto de que le trajeran por las orejas al militante Alex Rack ley, del que sospechaba era un agente filtrado del FBI, bajo el modesto ropaje de portero en el Excelsior Hotel, en el mismo centro de la capital.

El secuestro se había efectuado y la entrevista tuvo lugar en un sótano del muelle de New Haven, donde el mismo Max Sharkey se empeñó en hacer cantar al «chivato».

—Por desgracia para el pobre Alex Rackley, se negó a confesar

—puntualizó, al parecer orgulloso de su amigo. James Corbert.

—Sigue.

—Digo por desgracia, porque más le habría valido hacer lo así. ya que al menos se habría ahorrado, si no perder la vida, sí la terrible tortura que tuvo que soportar.

—¿Estás seguro de lo que cuentas. James? —quiso confirmar Joe Walcott.

—¡Y tanto! —sentenció, mirando al joven escritor—. Uno de los presentes me lo ha contado todo.

—Sigue, James, por favor —pidió Gene Wills.

—Ese maldito de Max Sharkey empezó por él mismo el tratamiento de la bañera.

Todos los presentes sabían lo que aquello significaba: consistía en que, reloj en mano, tener al individuo un minuto con la cabeza dentro del agua y diez segundos fuera. Y así durante una larga hora.

Alex Rackley era un negro robusto y obstinado, que además debió tener unos excelentes pulmones... y riñones también, ya que salió de la prueba sin decir «ni pió». A sus torturadores aquello les sentó mal que aquel «cerdo» de Rack ley no se decidiera a confesar de plano, máxime estando ante las propias narices de Max Sharkey, que se consideraba un auténtico capitán general, dueño de Harlem. Por eso, éste, inmediatamente se cuidó de formar un «tribunal» integrado por los Panteras Negras que estaban allí con él, que hicieron las veces de jurado.

La acusación la había pronunciado el mismo Max Sharkey y las deliberaciones no duraron ni tres minutos. No hubo defensa, por la sencilla razón de que allí no había abogado alguno y la sentencia fue inapelable y se cumplió. Pero antes, ya que debía morir, Max Sharkey se empeñó en que aquel tozudo debía dar los nombres de los Panteras Negras falsos y traidores que como él militaban en la organización.

Al gigantón Alex Rackley se le sumergió en la misma bañera de antes, pero con la gran diferencia de que ahora estaba llena de agua hirviendo.

—Alex Rackley se puso a gritar como un condenado, pero no dio ningún nombre —volvió a confirmar James Corbert.

Como nada había conseguido, el terrible tormento siguió. Los ojos de Rackley fueron reventados uno a uno e, inexplicablemente. el tipo resistió el suplicio. Y allí seguía Max Sharkey, que no era de los tipos que admitía se podía equivocar, diciéndolo así a sus compañeros. Por eso debían insistir y tras pedir unas enormes tenazas se dedicó él mismo a destrozarle la lengua al supuesto traidor, para enseñarle algo que ya estaba

demostrado que sabía hacer.

—Guardar silencio y no hablar —dijo una vez más James Corbert.

Al final, cuando ya sin fuerzas en su enorme corpachón Alex Rackley se desmayó sin ojos y esparcidos por el suelo de aquel sótano sus trozos de lengua, el *padrino* de los Panteras Negras de Harlem hizo una muda señal y su lugarteniente, un tal Baez Primox comprendió al instante.

—Baez Primox sacó la pistola y le «recetó» dos balazos en la nuca al moribundo...

Muy serio, tras un breve silencio de todos, Joe Walcott comentó:

—Eso ha sido una salvajada. ¡Cosas así no se deben consentir!

—Opino igual —confirmó Gene Wills.

La joven Allison estaba llorando en silencio, lo que le dio pie al veterano James Corbert a decir, deseando excusarse:

—Amigos, que nadie me acuse en caer en una falsa orgía de detalles, ya que esa escena de excepcional crueldad me fue contada, punto por punto, por Lonnie Mac Lucas, que estaba presente y ha venido a esconderse a mi cuarto.

—¿Le busca la policía?

—Sí... El cadáver destrozado del pobre Alex ha sido en contrado en los muelles. ¡Y le acusan a Lonnie!

—Hablaré con buenos amigos que tengo —prometió Joe Walcott —. Hombres como ese Max Sharkey no deben ser jefes de ninguna organización negra: ¡Nos desacreditan!

—Tú podrás hacerlo, Joe —confió Gene Wills.

—Me dan ganas de ir con el cuento a la policía y contarle al capitán McCarthy la verdad —dijo James Corbert.

—¡No! Eso tampoco, viejo —le aconsejó Joe Walcott.

—Conocí al pobre Alex desde muchos años. ¡No era hombre con pasta de traidor!

—¡De acuerdo! Puede que no lo fuese, James. Pero aun siendo así, nadie tiene derecho a ensañarse con otros y menos a matarle. ¡Eso fue un cobarde asesinato!

—¿Tú no eres Pantera Negra, escritor?

—No. James: no soy militante. Pero simpatizo con todas las organizaciones negras, porque ellas nos llevarán al triunfo.

—No hay triunfo basado en la violencia —objetó el viejo.

—Eso sería muy largo discutirlo, amigo.

—¿Quién desea café? —quiso romper la tensión Allison.

—¿No hay un poco de whisky, perla? —se interesó James Corbert.

Todos sonrieron.

Pero en el fondo se sentían tristes. Concretamente, el inquieto

Joe Walcott como en una encrucijada...

¿Dónde estaba la justicia de los hombres? ¿No la encontraría nunca en ningún bando? ¿Por qué tenían que existir individuos como aquel negro Max Sharkey o aquel blanco capitán McCarthy?

* * *

Detenido al fin Lonnie Mac Lucas, la policía le hizo «cantar» de plano y el capitán McCarthy comprendió que tenía materia suficiente para meter en la cárcel al sádico Max Sharkey.

Y esta vez, aquel negro abogaducho de Emory Douglas no le podría sacar bajo fianza.

Pero el gran jefe de los Panteras Negras en Harlen consiguió, siempre con la ayuda de sus buenos abogados, comparecer ante el tribunal sólo como testigo, gracias a una buena cantidad de subterfugios jurídicos.

Y una vez más los contrastes: el Pantera Negra Lonnie Mac Lucas sí que fue condenado a una pena larga de prisión.

Hubo más sobre el caso: la ironía del destino hizo que más tarde, los Panteras Negras se enteraran de quién había sido el verdadero chivato, mientras que el martirizado y asesinado Alex Rackley, además de ser totalmente inocente de aquella acusación, siempre había sido un buen militante y uno de los tipos más duros.

A fe que lo había demostrado...

Nadie supo jamás que Max Sharkey sintiera remordimientos. mientras descansaba una temporada en Chicago, mirando al gran lago, con sus treinta años cumplidos, la cabellera a lo «afro», con su rostro sádico y bastante parecido a Sydney Poitier, bigotito alisado y mirada magnética; se pasaba los días en aquel cómodo retiro esperando que amainase la tormenta.

Era consciente de que la policía no había creído una sola palabra de sus afirmaciones en el «caso de Alex Rackley», y por eso debía seguir allí, antes de iniciarse una nueva campaña de violencia.

Cuando se desató, fue en forma de dinamita y plástico a finales de noviembre de 1970, además de un hecho horroroso que sucedió en una de las más elegantes residencias de Manhattan, que fue capaz de conmocionar a una ciudad tan curada de espantos como es Nueva York.

Los atentados contra los edificios públicos no fueron nada comparado con lo que descubrió el propietario de la lujosa casa,

cuando por la tarde regresó y vio medio cuerpo de su hijita entre los escombros del vestíbulo, mientras que la cabeza ensangrentada y horriblemente mutilada había sido lanzada hacia el interior del salón y brazos y piernas al jardín. Y como macabra marca de «fábrica» que acusaba a los Panteras Negras, el siguiente aviso escrito en una pared con la sangre de la niña:

«Así terminarán todos los *pigs*».

El profeta de este «terror psicológico» ya no estaba en la bella finca de Chicago, frente al lago; pero como tampoco pudo ser encontrado en Nueva York, por centésima vez la policía le puso en la larga lista de busca y captura.

La policía, y sobre todo el capitán McCarthy, estaban seguros de que Max Sharkey era el principal inspirador de aquella violencia en cadena desatada a finales de 1970 en Harlem y todo Nueva York. Un jardín botánico, dos puestos de policía, tres escuelas particulares de «ricos», un nudo ferroviario, varios comercios y centenares de oficinas de electores, volaron por los aires en aquel «invierno cálido».

Bancos y oficinas asaltadas, un prestamista negro apuñalado en Brooklyn. robos en supermercados, tiendas y diversos atentados a personas que se negaron a colaborar, empezaron a demostrar que los Panteras Negras, al menos en Nueva York. eran, por alguna extraña «razón», los herederos de los «dragones» del Ku-Klux-Klan, precisamente la organización derechista más extremista y que más había luchado contra los negros.

Lo más grave fue que, a partir de tales fechas, si la policía buscaba a los Panteras Negras, éstos también les buscaban a ellos para asesinarlos donde quiera que los encontrasen. La guerra se hizo total porque la temida organización había lanzado una nueva consigna:

«Cada militante debe matar, por propia iniciativa, el mayor número de *pigs* que pueda.»

La veda queda abierta: la «caza» empieza.

Y en mil formas distintas cada uno se las apañará por su cuenta para cumplir la consigna.

De forma que ahora van a ser los Panteras Negras los que tiendan hábiles trampas a los «cerdos» uniformados. Es un cambio de situación, con la primera víctima de la nueva ofensiva en la persona del teniente Edward O'Neil, que cuando efectuaba una ronda rutinaria en su coche, escucha por radio que se traslade urgentemente a un *ghetto* de la ciudad, donde un joven negro ha sido asesinado.

El policía cumplió la orden inmediatamente, pero cuando llega al lugar que le habían indicado una sombra negra aparece ante él

y le dispara el arma que relampaguea en su mano.

El teniente O'Neil murió en el acto y sin posibilidad de defensa alguna porque, si el mensaje que recibió no era falso —ya que escuchó por la radio del coche la voz de su jefe—, la información sí lo era.

El método del asesinato con trampa se extiende a varias ciudades y, concretamente en Filadelfia, cuatro policías más mueren asesinados del mismo modo en el intervalo de una noche.

Contrariamente a lo que esperaban los asesinos, todo esto indigna al ciudadano norteamericano y a toda la opinión pública en general, esta sorpresa en los Panteras Negras es demostrativa de que realmente ya estaban alejados de la masa, del pueblo, de los sentimientos hasta de muchos negros que, con su buen sentido, les llevaba a irritarse cuando veían aquellas formas cobardes y alevosas de actuar, con una violencia tan gratuita.

Esta alevosa «caza» de los representantes de la ley, por el simple hecho de representarla y vestir un uniforme, nada tiene que ver con un enfrentamiento de ideas, sino más bien constituye una alocada conspiración hacia todo lo que represente el orden; es una orgía de sangre en la que también caen padres honrados y mueren niños inocentes descuartizados por las bombas, cuyo único delito es tener un padre policía o rico, que un día edificó una casa lujosa en Manhattan.

A los simpatizantes intelectuales que antes les escuchaban y hasta ayudaban, les empieza a suceder igual. Sus mentes claras empiezan a razonar que ninguna lucha justifica tal bárbara carnicería. No tienen más que consultar a esos atemorizados comerciantes negros, obligados a pagar el «tributo» que por el terror les imponen.

Las cuestiones de moral y conciencia nada tienen que ver con el color de la piel: cualquier obrero de color, si es honrado y se pone la mano en el corazón, no simpatizará con los hombres que, aunque sean hermanos de raza, realizan tales desafueros.

La violencia engendra violencia: el odio más odio. La razón dice que nadie puede ser justo, si antes no es humanitario.

Por otra parte, la injusticia hecha a uno sólo es una amenaza dirigida a todos.

El sentido común se impone y, hasta en muchos de los grupos de los Panteras Negras, se discute acaloradamente la estrategia a seguir. Lo malo es que otros muchos, por la misma inercia de la acción, ya no se pueden detener, se sienten perseguidos por la policía, acosados, encarcelados, muchas veces torturados: es una trágica cadena de desafortunados acontecimientos.

Y así, los Estados Unidos se ven obligados a vivir una época de

violencia muy superior a los peores tiempos del gangsterismo. El enemigo público número uno Dillinger fue un inocente niño de pecho comparado con lo que ocurre cada día, cada hora.

Violentos incendios en Chicago, graves incidentes en Omaha, saqueos y más incendios en el mismo Washington, en sus barrios extremos, lo mismo que en San Francisco, Alabama. Los Angeles, Dallas, Austin y mil lugares más. Y cuando termina aquella primera ola de violencia desatada, el número de policías «cazados» con diversas «trampas» se eleva, en todo el país... ¡A cuarenta y seis!

Eso sin contar los Panteras Negras, que también son seres humanos. Y sin contar los muchos heridos, los mutilados, los detenidos.

Sea como fuere, el pueblo de los Estados Unidos, negros o blancos, ricos o pobres, no quiere esas cosas. El pueblo de los Estados Unidos, o cualquier otro pueblo del planeta.

Lo que quiere es trabajo, pan, justicia y libertad. Cuatro semillas bienhechoras que el día que florezcan de verdad en la Tierra, habrán solucionado todos los problemas.

CAPITULO X

De momento, el problema que más urge solucionar es el que crea una psicosis de guerra civil entre los ciudadanos de los Estados Unidos.

En la colina del Capitolio lo consideran así y la policía empezó a realizar una vigorosa contraofensiva, que resultó catastrófica para los Panteras Negras. Detenidos en sus domicilios todos los sospechosos, sorprendidos en sus sitios de reunión, abatidos a tiros por las calles, encerrados en Sing-Sing y otras muchas prisiones, sus efectivos empezaron a fundirse como la nieve ante la hoguera de violencia que se oponía a su violencia.

Una vez más la sangre corría a lo largo y lo ancho del país.

Por desgracia había muchos capitanes McCarthy en los escuadrones de la policía. Hombres soberbios y despóticos, que se consideraban las duras piedras angulares que sostenían todo el sistema.

Y esos ejemplares de «justicia con uniforme», se emplearon tan a fondo y con tanta saña, que nuevamente la policía es acusada públicamente de «asesinos y matones» a sueldo del Gobierno.

Pero ante una policía resuelta a emplear todos los medios, la táctica de los Panteras Negras nuevamente cambió a partir de la primavera de 1971, limitando sus acciones a la violencia verbal, a cantar y denunciar al mundo las «barbaridades» que ahora se están cometiendo con ellos.

El golpe había sido muy duro e, individuos como aquel Max Sharkey, lo debieron comprender así, no querían que desapareciera por completo el imperio que ellos mismos se habían creado, y el hábil cambio de estrategia les permitía un respiro.

Subterráneamente también existían otros motivos...

De cualquier forma ahora resultaba que allá en California uno de los fundadores de los Panteras Negras, el elegante y astuto Bobby Seale, sorprende al mundo al estimar que el combate revolucionario de la comunidad negra debe realizarse dentro del marco «institucional y legal», para desarrollarse según los clásicos métodos electorales del país.

¡Asombroso!

Después de tantos asaltos a bancos, de tantos robos, de tantos atentados, tantos incendios, sabotajes, amenazas e intimidaciones, tantos bombazos, tantos tiroteos y tantas muertes, ahora resulta que Bobby Seale desea encauzar a los suyos por la vía puramente democrática y del voto.

El nuevo «programa» ahora resulta que no debe basarse en la violencia, sino más bien en la autodefensa y ésta por los cauces

legales del más puro corte democrático. Estos dirigentes se dan cuenta de que «su organización» DEBE hacer todo lo posible para intentar borrar la imagen que la gente tiene de sus «chicos», y no dudan en organizar una auténtica payasada.

Desde ahora, el asombrado ciudadano podrá ver a los amables y sonrientes Panteras Negras realizar muchos gestos de convivencia y bondad, tal como el dar escolta a los ancianos cuando tienen que ir al banco a retirar su dinero, acompañándolos gentilmente hasta sus domicilios, para evitar que sean pasto de los ladrones.

¿Qué idea diabólica se esconde detrás de tan inusitado escenario? ¿A qué se debe que ahora los Panteras Negras hagan el papel del buen samaritano? ¿Tendrán razón los que se oponen a este cambio, gritando que Bobby Seale y otros dirigentes «se han bajado los pantalones»? ¿Qué es eso de organizar, como al principio, «comidas para pobres y niños»?

¿A qué se debe que ahora muchos humildes negros puedan ser hospitalizados gratuitamente, puesto que los Panteras Negras corren con los gastos?

¿Y qué decir de esa ropa que solícitamente reparten en Harlem, en Brooklyn, en Detroit, Chicago y los barrios pobres de San Francisco y otras muchas ciudades del Sur, donde abundan los «chicanos» que nada tienen que ponerse?

¿Por qué esos pobres trabajadores mexicanos son ahora objeto de sus atenciones? ¿Es que no son, por ventura, hombres blancos? ¿Qué ha pasado con aquel grito de guerra que aterrorizaba, cuando lanzaban al viento la amenaza del *Black Power* (Poder Negro. Poder Negro)?

Todo tiene una explicación, que se explica con una sola palabra:

POLITICA.

Bobby Seale ha concebido la idea más atrevida y genial de toda su agitada carrera; sueña con ser elegido alcalde de Oakland, la ciudad californiana que fue escenario de sus primeras andanzas como líder negro.

Por eso se le puede ver ahora, sonriente, exquisito en los modales y siempre afable, recorrer la localidad acompañado de una veintena de activos ayudantes que, como él mismo, ahora visten con la elegancia de un burgués cualquiera.

La boina negra, el jersey de cuello alto de marinero y la zamarra de cuero, todo ello negro, han quedado olvidadas. Y hasta diríase que a Bobby Seale le sienta este nuevo disfraz más bien que el otro, puesto que él ha nacido para mandar, para ser un jefe genuino, un *boss* o *padrino*, pero que ahora aspira a

convertirse en alcalde de una hermosa ciudad californiana.

Con la nueva táctica, aprendido bien el papel que ahora tiene que representar, en primer lugar, Bobby Seale llega a un acuerdo con los blancos progresistas y con los «chicanos», a los que se mete en el bolsillo.

Bolsillos repletos de dólares, por supuesto. Moneda que lo puede comprar todo en un país como el suyo.

Además de todo esto, su cuartel general también ha calculado una cosa que puede resultar decisiva, sabe por propia experiencia que más del cuarenta por ciento de los negros son creyentes católicos, o practicantes de religión afín. Y Bobby Seale se impone la obligación de asistir a misa todos los domingos con su traje más elegante.

¡Hay que dar la imagen, señor!

Aquí tenemos al creador del «terror psicológico» de hace unos meses, rezando «sumisamente» y confesando -sus pecados.

¡Inconcebible!

De cualquier forma para los que tienen memoria recuerdan que no hace mucho este mismo hombre gritaba:

«¡Los actos criminales son esencialmente necesarios en toda revolución!»

Uno de esos hombres con memoria era Joe Walcott y se puso a recopilar datos para que, una vez más, los pobres negros no fueran engañados. Bien estaba que Bobby Seale se presentase para alcalde de Oakland, o para presidente de la nación; pero que lo hiciese por sus propios medios, no utilizando a pobres ingenuos.

A sus manos llegó la confesión escrita de un comerciante negro asesinado en Harlem por los seguidores de Max Sharkey, en la que anunciaba que unos Panteras Negras venían solicitando su «contribución» con destino a las cajas electorales de Bobby Seale. Y dejaba aquel papel escrito para anunciar al mundo entero que, si le pasaba algo, era porque últimamente se había negado a pagar para aquella vergüenza.

Por su parte, la policía de Denver detuvo a los atracadores de un banco, que tras ser sometidos a interrogatorio —debió ser de tercer grado— confesaron que lo hicieron para conseguir fondos para la misma campaña electoral.

A los pocos días, un famoso trompetista de jazz murió apuñalado en Nueva Orleans, porque se negó a entregar parte de sus honorarios a ciertos «amigos» que también deseaban ver elegido alcalde a Bobby Seale.

Pero claro está, todo esto no eran más que «pequeñas» noticias locales perdidas en el tremendo alud informativo de la gran nación, que todo lo vive de una forma vertiginosa. Un país

inmenso, grande, convulsivo y moderno, que todo lo registra siempre a gran escala.

Sólo los muy perspicaces, los muy agudos, los que saben bucear en medio de la constante vorágine de todas estas cosas, son capaces de comprender e intuir los verdaderos objetivos a largo plazo de los hombres que manipulan a los demás.

Por supuesto, también entre los viejos militantes de los Panteras Negras existían los que no aceptaban las nuevas tácticas de la organización. En el mismo Harlem, los había que no aceptaban ya las órdenes de Max Sharkey y de las discusiones se pasaron a los hechos violentos, a las «eliminaciones» entre ellos.

Estos enfrentamientos encantaban a la policía. El capitán McCarthy se frotaba las manos muy satisfecho, puesto que mientras fueran cayendo negros tan fogosos como lo había sido el famoso Malcolm X en las riñas entre ellos, considera ba más «limpia» la sociedad norteamericana.

Un punto de vista, claro está, puesto que en otro orden de cosas aún quedaba más sucia.

Lo cierto era que las cosas no podían seguir así. El ambiente se debía clarificar y cierta noche, Joe Walcott decidió: Iré a California.

—¿Para qué? —se inquietó su compañera.

—Es preciso hablar claro ante la faz del mundo. ¡Ya estoy harto de que los negros seamos manipulados por unos y otros!

—Paciencia, cariño; denunciar a Bobby Seale... ¿No será hacerles el caldo gordo a los que consideras tus más acérrimos enemigos?

—¡No. Kathleen! Porque lo mismo arremeteré contra unos y otros.

La mujer le miró cariñosa y en sus labios apareció una dulce sonrisa al indagar:

—Dime, Joe... ¿No has tenido nunca la tentación de apartarte de la primera línea de lucha para llevar a cabo un proceso de autorrealización en tu vida privada, dedicándote sólo a escribir y a tener una familia conmigo?

—Sabes muy bien que lo podría hacer, que me podría retirar. Estoy ganando bastante dinero con mi libro y mis artículos, conferencias y demás. Podríamos buscarnos un rincón apartado de toda esta basura. Podría acercarme al agente encargado de mi libertad bajo palabra y decirle: «Oiga, hombre. No quiero que me vuelvan ustedes a meter en prisión. Voy a dejar de hablar de los derechos de los negros. Voy a empezar a escribir poesía y cuentos de hadas, como quieren ustedes que haga. Ya no volveré a ser un problema. ¿Qué me dicen de examinar mi caso y

dejarme en paz? Hay que vivir y dejar vivir, ¿no les parece?

—Estoy segura que te tomarían la palabra —sonrió la mujer.

—¡Lo sé! Y no necesitaríamos mucho dinero para hacerlo, porque ni a ti, ni a mí. no nos importan mayormente las cosas materiales.

—¿Lo intentamos, Joe?

—¡No, Kathleen!

—¿Ni por mí?

—No quiero engañarte; nunca lo he hecho ni lo haré. Pero el hecho es que me siento MUY BIEN trabajando con mi pueblo y con mis hermanos de raza. Me sentiría desdichado haciendo otra cosa.

Con su vehemente temperamento, Joe Walcott al fin estalló:

—¡Qué demonios! Me he pasado la mayor parte de mi vida en líos con la autoridad y ahora me da mucho gusto trabajar en pro de la liberación de los negros. No me imagino haciendo otra cosa, ni siquiera cuando pienso que tal vez me volverán a meter en prisión por andar haciendo lo que hago. Voy a hacer todo lo que pueda por no volver a la prisión, menos desdecirme de mis creencias. ¡Preferiría morir antes que retractarme! En estos días me han repetido una y otra vez que tenga cuidado, pues hay muchos amigos que creen que mi vida está en peligro, porque no le gusto a ese sádico de Max Sharkey. Tal vez tengan razón... ¡Pero qué carajos, mujer!

—Si vas a California y en la Universidad de Stanford hablas como lo piensas hacer, no sólo la policía te detendrá, sino que también...

—¡No temo a Bobby Seale!

—Lo sé. Joe. ¡Tú no temes a nadie! Pero allí, él está en su feudo. ¡No permitirá que desenmascares su campaña para alcalde!

Joe Walcott quedó pensativo y se fue acercando a la que consideraba su mujer. Y cuando la estrechó entre sus brazos se puso a decir:

—Confío en que la gente saque provecho de lo que diré allí... Por otra parte, cada vez que se asesina a un negro por hablar clamando la verdad, su muerte es combustible que alimenta la lucha.

—¡Yo no quiero que tú seas ese combustible, cariño!

—Recuerda, Kathleen... Cuando Malcolm X fue asesinado la gente no se asustó; su muerte creó más discípulos. Espero que si lo que estoy haciendo tiene algún valor positivo, otros continuarán la lucha si soy asesinado.

—¡No! ¡No te quiero perder, mi vida!

—Calma, nenita, tranquilízate, por favor. El Ché Guevara

expresó mi manera de sentir cuando dijo en cierta ocasión: «En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y victoria...»

—¡Te acompañaré!

—No —rechazó Joe Walcott con no menos firmeza—. Tú me esperarás aquí. Kathleen.

Y aquella noche, la pareja se amó con frenesí, con locura.

Kathleen tenía la impresión que cuando con el nuevo día su hombre volase hacia California, para ella sería una madrugada fatal...

CAPITULO XI

Cuando Joe Walcott se dispuso a hablar en la Universidad de Stanford, quedó impresionado de la enorme multitud que el anuncio de su nombre había conseguido reunir allí.

Nunca se había considerado un personaje importante, pero sí un hombre que cantaba las verdades cieras y directamente, sin adornos y sin ropajes, directo a su pensamiento.

Y todos los que estaban presentes allí, le demostraban que debía seguir siendo así.

No debía defraudarles, ni a ellos, ni a él mismo.

Por todo ello empezó saludando:

—Buenas tardes, damas y caballeros. Quiero dar las gracias a quienes me invitaron a venir, y quiero dar las gracias también al gobernador de California y al futuro alcalde, quizá, de Oakland, por haberlo hecho posible.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—Es muy difícil encontrar por dónde empezar; por el medio, por un lado, por el frente, por arriba o por abajo. Porque cuando se contempla la situación a la que nos enfrentamos hoy, desde cualquier ángulo que se mire, lo que se ve es un montón de mierda.

Se alzaron murmullos, pero siguió:

—Algunas personas me dijeron, mientras volábamos en el avión, que no debería decir palabrotas, porque, me insistieron. se trataba de la Universidad de Stanford. Me informaron que no era una institución sostenida por el Estado, sino con dinero de particulares. Y cuando se sueltan palabrotas y blasfemias en una institución sostenida por el Estado, está uno maldiciendo parte de su propio dinero, está uno en su derecho. Pero aquí se trata del dinero de otros y entonces hay que ser un poco respetuoso. Quiero acoplar mi respuesta fundamental a esto con la respuesta de vuestro gobernador. Creo que en esta sociedad la gente se está volviendo cada vez más tolerante, porque creo que la gente está dispuesta a oír que alguien diga que se vaya a la chingada el gobernador, o que se vaya a la chingada el dinero de los particulares de la Universidad de Stanford, y también que se vaya a la chingada el que aspira a ser alcalde de Oakland, si es necesario decirlo. ¿Entienden?

Los murmullos aumentaron.

—No sé si ése es o no el límite de mi vocabulario. No me he puesto nunca a contar palabras porque nos estamos acercando hoy a circunstancias en que las palabras van sobrando cada vez

más. El hermano que me presentó dio a entender que yo pertenezco a los Panteras Negras y eso no es verdad. Aunque en cierta forma yo pertenezco a todas las organizaciones negras que luchan por la liberación de mis hermanos de raza. Ese es el fundamento desde el que parto.

«Circulan rumores de que la gente de hoy, muchos de los jóvenes que estáis aquí, ya no tiene fibra, de que ya no puede lidiar con los problemas que afligen a la sociedad, que es necesario apartarse de los problemas, encogerse de hombros y permitir que profesionales como vuestro gobernador, o ahora el "político" Bobby Seale, vengan a nuestro rescate, nos salven y ofrezcan la salvación del pueblo... Creemos que es otra mentira, parte del tejido de mentiras con el que han alimentado a toda la gente de este país durante toda su vida, durante toda la historia de este país, y decimos que la gente no tiene por qué creer las mentiras, que no tiene por qué meterse el rabo entre las piernas cuando un idiota como vuestro gobernador se pone a gritarle a uno: que no hay por qué hacerlo, señores...

»Existe eso que se llama libre albedrío y es posible levantar la frente, hacer oír la propia voz, con sólo que se esté dispuesto a pagar las consecuencias. Lo necesario es emprender una acción, proclamar los propios puntos de vista y, de ser posible, esquivar las consecuencias porque estas que le hace a uno pagar hoy la estructura del poder son extremas, muy difíciles de soportar y algo que no querría para nadie... Todo el mundo acusa a los negros de tener una obsesión policíaca, que lo único que nos interesa es andar tendiendo emboscadas a los policías y llamarlos cerdos. Pero nadie se pregunta por qué.

»Es muy importante advertir que si no hemos comprendido, entonces nada saldremos ganando. El problema fundamental que existe hoy en nuestro país es el de la confusión política. La gente no sabe dónde están sus enemigos y tam poco sabe dónde están sus amigos. No sabe si temer a los de la derecha o a los de la izquierda, de manera que se limita a decir a la mierda todo, levanta las manos al cielo, se atiborra de píldoras, se atonta con whisky y con marihuana y se embrutece con las drogas. La gente no sabe qué hacer con la situación. Y según yo, esto se debe a que la manipulación deliberadamente se ha llevado a la gente hasta esos extremos.

»En este país se nos ha hecho tragar sartas de mentiras a todo lo largo de su historia. Mentira sobre mentira. Mentiras que se fueron apagando hasta trocarse en confusión y después más mentiras forjadas con las astillas de las mentiras que habían sido hechas pedazos por la realidad. De manera que ahora nos

enfrentamos a una situación en la que vemos a los hombres de la comunidad negra cansados de las mentiras, cansados de los mentirosos y hartos de las insoluciones graduales. No simplemente yo, no simplemente unos cuantos, sino los negros de todo el país se van apartando de sus dirigentes lamebotas que hemos tenido que soportar durante tanto tiempo.

»Todos esos estamos diciendo que ya basta, que ya no estamos dispuestos a seguir soportando mentiras, engaños; que nos están amenazando de muerte, mientras por otra parte los blancos malos nos amenazan con un genocidio. De manera que no nos queda más remedio que reorganizarnos y seguir luchando, si es que tenemos que vivir así. Decimos que si habrá de cometerse un asesinato en masa en contra de los negros, lo mejor que podemos hacer será ponernos en condiciones de provocar la muerte en masa de los blancos. Trabajaremos para estar en condiciones de lograrlo puesto que habitamos las ciudades, puesto que vivimos en el corazón del sistema industrial, alcancemos la condición de poder sembrar la ruina y la desolación si nuestros enemigos nos atacan para destruirnos —y esa destrucción se levanta ominosamente en el horizonte para nosotros—; qué duda cabe. Tengamos el poder de trastornar el sistema económico hasta el punto que el aparato militar no pueda funcionar para que los enemigos de los Estados Unidos puedan llegar aquí y robarse el oro de las dentaduras de tantos multimillonarios agazapados e inútiles. Y logremos una condición de poder decir que si se alcanza la victoria sobre nosotros, tendrá que ser una victoria pírrica porque no habremos de quedarnos con los brazos cruzados, porque nos damos cuenta que la situación mundial nos permite no quedarnos cruzados de brazos.

»No somos nihilistas. No queremos la destrucción, así que se nos debe ofrecer otra opción. En estos días hemos venido hablando de otra opción, que tal vez sea la última opción, la última oportunidad. Nos remontamos a los principios fundamentales y decimos que para esta situación se arregle necesitamos haya personas cuerdas en este país, necesitamos negros cuerdos —y no arribistas— y necesitamos blancos cuerdos —y no políticos del tres al cuarto—. Nos damos cuenta de que los negros no lo pueden hacer todo. ¡Necesitamos vuestra ayuda! Se necesita que los blancos que se percatan de la situación que existe en el país, se levanten, sí, que se alcen también y se unan a sus hermanos y hermanas negras. Nos enfrentamos a una situación límite en la que las personas se antagonizan unas a otras, se han alejado unas de otras, se han vuelto hostiles unas para con otras y enseñan las uñas desde sus diversos rincones. Y decimos que aquí es exactamente donde nos quieren tener los cerdos que detentan el poder. Los negros cerdos que

también aspiran a ostentarlo en el viejo sistema.

»Porque todavía es verdad aquello de divide y vencerás, es la única manera segura de que los tiranos, los déspotas y los cerdos racistas alcancen la victoria sobre la gente. Decimos que es necesario evitar estas trampas, tomar medidas, crear las condiciones necesarias para que la gente se una, negros y blancos. Debemos tener valor, debemos conseguir todas esas cosas y debemos contar con la ayuda de las personas que cumplan con la tarea que les corresponde, con la tarea que os corresponde a los jóvenes.

»Sé que a la gente no le gusta oír lo que digo. A la gente le gusta oír decir que todo marcha bien, que todo ha de salir bien, que todo va mejorando. Pero nosotros reconocemos que las cosas van empeorando.

»Muchos dicen, vuestro gobernador entre otros, que estoy tratando de hacer que la barca zozobre y que se me deberá poner en condiciones de no poder hacerlo. Pues bien, habré de balancearla mientras pueda, mientras me quede voz. Creo que es necesario, cuando lo amenazan a uno y le dicen que no puede hablar, que será mejor callar para que no le revoquen a uno la libertad bajo palabra, entonces es necesario. Sé que el agente encargado de vigilar mi libertad bajo palabra me ha seguido hasta aquí, a California desde Nueva York, o tiene sus representantes aquí. Me da igual, para él y para el gobernador es lo mismo, chato. Jódete y baila porque voy a decir lo que quiero decir. No pueden revocar mi libertad bajo palabra legalmente.

»Y les aseguro. No se trata de hacer teatro, de hacer el juego desde esta plataforma; se trata de lidiar con la situación de la única manera en que se puede hacerlo exitosamente y que consiste en ponerse, en hacer resistencia.

»Me enfrento a la posibilidad por demás real de volver a prisión, pues eso es lo que quieren que haga. ¡Lo descarto! Considero que cuando un hombre se lanza a cometer un delito, tiene presente la posibilidad de que lo capturen, y se prepara para sufrir las consecuencias. Pero cuando un idiota viene y me amenaza que me enviará de regreso a prisión por lo que estoy diciendo, lo único que puedo decirle a él, a sus prisiones y a su mamá es que se vaya al carajo. No quiero saber nada de eso. Me voy a juntar con personas que no quieren saber nada de eso para poder forjar el mecanismo defensivo que ofrezca a un hombre algo de protección cuando tenga que enfrentarse a los cerdos que lo quieren hacer callar, que quieren encerrarlo y ponerlo en una celdita.

»Ahora nos ocuparemos de la simulación de los muros del

ghetto. Nos ocuparemos del imperialismo en la comunidad. La comunidad negra está regida por individuos racistas, explotadores que viven en la comunidad blanca: una coalición de negociantes y políticos blancos, avaros, a quienes respaldan las "gestapos" de los departamentos de policía. Han convertido la comunidad negra en un mercado, ya no en un mercado de trabajo barato como tal, sino en un mercado en el que se quedan con los cheques de la asistencia pública, con el botín que nos obligan a sustraer y robar a los blancos. Y encima de nosotros también tenemos a una burguesía negra malvada y egoísta que sólo sabe decir al blanco "sí, señor, sí, señor".

»Ante esta situación hemos rezado, nos hemos arrastrado, nos hemos puesto de rodillas, lo hemos hecho todo, hasta hemos muerto. ¡Y eso durante más de dos siglos! Ellos han promulgado leyes, leyes sobre leyes y el resultado es que siguen presentándose como candidatos a la presidencia de la nación, conocidos racistas como George Wallace. En estos momentos tenemos a otro racista que nos manda a todos desde el Capitolio y, por si no bastara, otro acecha su oportunidad.

»¿Y qué podemos hacer? ¿Cantar *Venceremos*? ¿Meternos el rabo entre las patas y echar a correr cuando unos de esos presidentes diga que no debemos hablar en esta Universidad y hablar con las únicas personas cuerdas que quedan en esta sociedad? No. Sabemos qué es lo que piensa de nosotros esta sucia sociedad. Sabemos que nos han hecho innumerables engaños y estafas. Esta sociedad nos secuestró por la fuerza de las cadenas, nos trajo aquí y nos hundió en la esclavitud. En la basura donde no se es nadie, donde un hombre se degrada, se hunde, se le explota, se le exprime y donde sólo hay dolor, miseria y muerte.

»Después vivimos separados, pero como iguales ante unas leyes que nadie cumple. Y ahora, será lo que gustéis decir que sea pero no es libertad. No es igualdad de oportunidades. No es justicia, porque todavía se nos embrutece, se nos desprecia, pero se nos sigue explotando.

»Leed la prensa. Apenas hace unos días, un joven hermano negro fue asesinado muy cerca de aquí por miembros del escuadrón táctico de San Francisco. La gente se queja del escuadrón táctico. Pidieron que se formara una junta examinadora de las acciones del departamento de policía, y los políticos, las cámaras de comercio, los profesionales y los racistas blancos se opusieron y dijeron, no necesitamos tal cosa. Lo que nosotros entendemos que dijeron es: "¡Que revienten los negros!"

»De manera que, ¿dónde está esa junta investigadora? O se

forma una junta investigadora, o nos pondremos a investigar todo en las calles.

»Ahora bien: ¿qué les dirá el análisis de la actitud de su gobernador de este estado de California, que casi se muere del berrinche al enterarse que yo, Joe Walcott, un negrazo, ha sido invitado para participar en esta universidad en un curso experimental? Que se va corriendo a Los Angeles, coge por el pescuezo a los cobardones regentes, ejerce su presión política sobre ellos y los obliga a decir que Joe Walcott no puede dictar diez conferencias aquí, que tan sólo me permitirá hablar hoy, y ya es bastante. Y lo que yo replico a eso, lo que replican los estudiantes de California, y lo que replican los profesores que me invitaron es que no sólo daré diez conferencias. ¡Daré veinte!

»Es necesario recordar a algunas personas que este país no pertenece a los cerdos que detentan el poder, que vuestro maldito gobernador no es el dueño del pueblo del estado de California, que no es el amo del gobierno del estado de California. De hecho es un servidor público que se ha vuelto arrogante, como todos los servidores públicos de estos días.

»Todos actúan como si fueran los dueños, cuando de hecho les pagamos el salario con los impuestos. Y si acaso alguien pertenece a alguien, son ellos los que pertenecen al pueblo. Nos están tratando como si les perteneciésemos. Han usurpado la maquinaria del gobierno en este país, la llaman democracia representativa, pero no representa sino a los cerdos que detentan el poder.

»Estamos viviendo en una situación en la que los departamentos de policía profesional de este país han desarrollado una conciencia de casta. Se consideran guardianes de las fronteras de una civilización contra las “hordas bárbaras”. Y nosotros somos las hordas bárbaras. Los ciudadanos son las hordas bárbaras. Si se pone uno en pie y pide que se le escuche, si dice que va a ejercer su derecho constitucional y a declarar cuál es su opinión respecto a la guerra en Vietnam, los cerdos vestidos de paisano dan órdenes a los cerdos vestidos de policías, y entonces se abalanzan sobre uno con sus latitas de *mace* (1) y le rocían la cara, o le disparan y dan muerte. Cumplirán las órdenes y más tarde le dirán a uno o a tus supervivientes, como hizo Adolf Eichmann, que simplemente estaban cumpliendo órdenes, que ellos son “inocentes”.

() Un nuevo gas que afecta las vías respiratorias y los ojos. Los policías lo sueltan con rociadores.

»Pero nosotros decimos que el deber de un auténtico policía es dar muerte a su superior cuando Je ordene dirigir sus latitas de

mace y sus cachiporras contra la gente, contra el pueblo, contra los ciudadanos. ¡Ese es su deber! Detenerlo, o pegarle un tiro. Si no se siente uno con bastante ánimo para pegarle un tiro, por lo menos lo debe detener. Y si no se le quiere detener, por lo menos se puede ir fuera, convocar una conferencia de prensa e informar a la gente acerca de todo esto.

»Sé que en esa porquería tiene que haber algunos cerdos a quienes no les haga gracia tanta mierda. ¿O es que están todos locos? ¿O es que están tan unidos? ¿Todos y cada uno de los policías del departamento de policía de Oakland están de acuerdo con la actividad insana de dos cerdos borrachos que pasaron junto a las oficinas del partido del doctor King y se pusieron a disparar contra ellas como si fuese una galería de tiro al blanco? ¿Todos y cada uno de los hombres de esa fuerza están de acuerdo con eso? No hemos recibido ningún testimonio de que se hayan propuesto denunciarlos. ¿A que ustedes tampoco? No tenemos pruebas de que hayan renunciado en son de protesta por este tipo de actividades de sus jefes. Lo que sí vimos fue que 200 gendarmes amenazaron con no acudir al trabajo al día siguiente si se les imponía un castigo a dos policías. ¡Eso es lo que hicieron! Amenazaron con lanzarse a la huelga.

»Los estudiantes universitarios son quizá las únicas personas que aún pueden lidiar con estos paquetes. Por esto nos dio mucho gusto cuando nos invitaron para que hablásemos ante los jóvenes blancos de esta universidad; porque se sienten profundamente ofendidos por todo lo que pasa.

»A mí los viejos no me caen del todo bien: yo también soy viejo, ¿entienden? No soy ningún pollo, tengo 33 años de edad. A esa edad uno empieza a sentirse más que maduro. Quizá por mi edad intermedia muchas veces me siento solo. ¡Muy solo! No hace mucho conocí a una muchachita muy linda. Le pregunté por qué no se metía en la cama conmigo y ella me dijo: “¡Oh, Joe, eres como un padre para mí!” De manera que si iba a ser como su padre para ella, entonces voy a ser como un padre negro para todos ustedes, jóvenes. Voy a ser como un padre para todos los viejos que están ahí, voy a ser como un padre para todos los cerdos de los servicios de información que acuden a estas reuniones, que escuchan lo que uno dice y luego se van a su cubil y se ponen a escribir mentiras, como un asno de la revista *Newsweek* que entró en el Club de la Barra de San Francisco y se sentó grabadora en mano. Escuchó con mucha atención y luego el muy cretino se largó a escribir algo que parecía ser la descripción de una pesadilla que hubiese tenido esa noche, y lo escribió como pesadilla, puesto que no tenía nada que ver con lo que habíamos

dicho.

»Lo que dijimos entonces, en general, es lo que decimos ahora. Y nos esforzamos muchísimo por dejar la salida a aquellos blancos que quieren encontrarla. Sabemos que a la gente no le gusta que se la condene categóricamente, y no queremos condenar categóricamente a la gente. Queremos dejar una salida para quienes se percatan de la situación en la que nos encontramos hoy, para quienes reconocen que el mundo se ha convertido en un paredón para todo el mundo, especialmente para los débiles, para los pobres y desean un futuro para todo el mundo, y no para sí mismos únicamente y que desean un futuro en el que haya libertad; que quieren un futuro en el que haya justicia, que desean un futuro en el que los explotadores ya no tengan encadenados a los explotados y engorden, mientras los explotados se van quedando en los huesos por falta de todas aquellas cosas que una buena sociedad debe tener.

«Necesitamos protegernos de tanto cerdo. Si no pueden entender lo que les digo entonces están con los cerdos, es que están respaldando a los cerdos, sépanlo o no, quíéranlo o no. Pues se ha dicho que hoy o se es parte de la solución o se es parte del problema. No hay ya término medio, porque el problema es rampante, el problema es un problema de supervivencia, de sangre, de latido cardíaco, de esperanza en que los corazones de las personas sigan latiendo.

»Aquí, en la rica y palaciega Universidad de Stanford podéis presumir que habéis de seguir corriendo por estos terrenos bien cuidados, pensando que sois libres, o suponiendo que sois libres, y que se nos permitirá hacer esto porque tal vez existan en esta universidad dos, tres, cuatro o tal vez todo un furgón de radicales blancos. Tal vez cuando el en cargado de vigilar mi libertad bajo palabra me venga a bus car para encerrarme estaré escondido en la casa de uno de estos jóvenes blancos que me quieran ayudar. De manera que el policía no necesitará simplemente un permiso de registro que le permita tirar a patadas mi puerta sino que tendrá que contar con una orden que le permita tirar a patadas la puerta de cualquiera. Y me siento contento porque ya estoy cansado de que tiren a patadas mi puerta mientras otras personas gozan de seguridad y la utilizan para dar su aprobación a la opresión y no levantan ni la más queda voz en contra de la misma. Y yo digo que si tiran abajo a patadas una sola puerta, entonces., ¡pongámonos a patear todas las puertas!

»De cualquier manera, soy de los que aún cree que en este país hay más personas honradas que cerdos. Tratarán de intimidarnos, y podrán hasta asustarnos, pero unidos no podrán derrotarnos. ¡Y

ahí les duele! Por eso no quieren que nos reunamos, por eso no quieren que hablemos con claridad. Podríamos acorralarlos, podríamos retirarnos, podríamos crear para ellos un programa que los pusiese en su lugar, y desde ahora mismo tenemos que empezar a hacerlo. Deberíamos empezar por descentralizar el poder, por descentralizar las instituciones de esta corrompida sociedad. Deberíamos descentralizar el departamento de policía, Deseamos descentralizar las instituciones educativas, pues necesitamos una Universidad de Stanford para los negros. Necesitamos una Stanford para los negros porque los negros no pueden ya aceptar una educación que les enseñe que son inferiores y que los blancos son superiores y que tendrá que ser así para siempre, porque así es como Dios lo ha querido. ¡Basta de insultar a Dios! ¡Basta de usar su nombre en vano!

»La verdad, no sé si lo que he dicho esta noche haya valido vuestra espera. Espero no haberos decepcionado totalmente. Pero tengo una cosa que decir y que no va dirigida a los feos del auditorio; va dirigida a las damas. Quiero decírselo a las damas y además quiero recordaros que no estamos jugando, que priva una situación muy seria. Está en vuestro poder poner abrupto fin a un montón de cosas que está ocurriendo, y es un poder al que yo llamo del coño. Decimos que el poder político, el poder revolucionario proviene del coño de una chica.

»Lo siento por todos los Victorianos que se hayan escandalizado, pero esperen un segundo y sabrán de lo que hablo, tómenselo con calma. Hemos dicho que se parte de la solución o se es parte del problema. Si se es parte de la solución, ¿por qué no cargar con parte del problema? Todo puede ser progresista, todo puede ser revolucionario. El amor puede ser progresista, el sexo puede ser revolucionario. También puede ser contrarrevolucionario, reaccionario o conservador si se acuesta una, por ejemplo, con el gobernador de California. Quiero dejar clara una cosa. Ved a todos esos varones que se dicen hombres y decidles que tendrán que convertirse en parte de la solución o dejar de llamaros por teléfono: no les escribáis cartas de amor y prohibidles que vengan a tocar a vuestra puerta. Decidles que se larguen a oír discos de Bob Dylan o lo que sea. Decidles que se reúnan y que luego regresen. Y lo podéis hacer. Podéis ejercer más presión que la que pueda ejercer yo con mis discursos; les podéis prohibir el postre. Y podéis hacer que empiecen a actuar como hombres justos y responsables, sanos y liberales. Y si no lo creéis haced la prueba. Poneos difíciles. Si no quieren actuar inmediatamente, estoy seguro de que hay un montón de individuos dispuestos a poner sus números telefónicos en los

tableros de avisos para acudir en vuestra ayuda en caso de necesidad. Gracias si os decidís, chicas.

»No quiero terminar sin recordaros que tenemos que crear una sociedad que abarque al mundo, que pueda realizar la distribución del trabajo y la distribución de la producción a escala mundial. Entonces habremos puesto los cimientos para poder mirar realmente a las estrellas y tratar con el resto de nuestro medio ambiente, más allá de este estrecho planeta... Pero eso será cuando no tengamos gobernadores como los que nos explotan, engañan y oprimen, y cuando hombres como Bobby Seale no puedan aspirar a ser alcaldes de Oakland...

»Yo os digo que...

Joe Walcott no pudo seguir.

Un seco disparo tronó en la tarde que caía y el conferenciante se desplomó...

CAPITULO XII

En aquellos instantes, cuando un hombre era silenciado brutalmente por un balazo, muchos recordaron que lo mismo se había hecho con Malcolm X; con el presidente John Fitzgerald Kennedy, con el doctor Martin Luther King, con el senador Robert F. Kennedy.

¿Es que las cosas siempre se tenían que «solucionar» así?

¿Qué partido o bando había pagado al oculto asesino para que Joe Walcott dejase de hablar? ¿La derecha? ¿La extrema izquierda? ¿Los blancos? ¿Los negros a los que también habían denunciado aquel idealista?

El revuelo fue terrible en la Universidad de Stanford.

Gritos, carreras, empujones, terror, miedo, ira, cólera, exaltación y policías moviéndose y corriendo por todas partes. Sirenas de sus coches y de una ambulancia, que con su nervioso ulular intentaba acercarse adonde los más próximos ya rodeaban al hombre agredido.

El inerte Joe Walcott fue metido en la ambulancia, que salió a todo gas hacia el más próximo hospital. Unos motoristas les daban escolta y con el ulular de sus sirenas les abrían paso.

Minutos después Joe Walcott era llevado al quirófano.

Uno de los cirujanos se inclinó sobre la víctima al observar que los labios de aquel hombre se movían.

—¡Está rezando! —exclamó.

Pero el resto del equipo pudo oír que musitaba:

«En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra manos se tienda para empuñar nuestras armas y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y victoria...»

Al fondo, una enfermera negra lloraba...

* * *

—¿Dónde estoy, Kathleen?

—En la cama, cariño. ¡No te muevas!

—No soy yo el que se mueve, mujer. Es todo esto.

—Es que vamos en un barco. Joe —le informó la mujer.

—¿Un barco? No..., no comprendo, Kathleen.

- Duerme ahora; luego te lo explicaré.
—No, estoy bien. Sólo me duele un poco la cabeza.
—Recibiste un balazo, mi amor.
—¿Un... balazo?

Kathleen le explicó, le contó que le habían operado urgentemente y consiguieron salvarle la vida. La policía había acordonado el hospital porque, en las calles, los tumultos y la excitación seguían. La policía estaba trabajando de firme, buscando a todo posible sospechoso y efectuando muchas detenciones.

La mayoría de ellos negros, por supuesto.

Ella no había querido quedar esperando en Nueva York y también había volado hacia California.

—Para oír tu discurso... ¡Y para seguir cerca de ti! —le confesó—. Me acompañaron tus tres primos y Allison.

Le dijo también que había tenido un negro presentimiento y que, cuando le vieron caer por aquel traidor balazo, al instante los cinco se habían puesto un plan, llevárselo del hospital y sacarlo del país.

—¿Y eso por qué, Kathleen?

—Estás más seguro así. Joe.

—¿Pero es que temíais que...?

—¡Sí! ¡Lo tememos aún! —replicó la mujer con energía—. Unos y otros te odian. ¡Los hombres como tú estorban, Joe Walcott! No les convienes ni a unos ni a otros. Todos desean ardientemente la verdad a su lado. Pero lo cierto es que pocos desean estar por completo al lado de la verdad.

—Pero... ¿cómo conseguisteis sacarme del hospital?

—De la única manera posible, cariño.

—¿Por la fuerza?

—Tus primos me ayudaron. ¡Y Allison también! Sorprendimos al policía en el pasillo junto a la puerta de tu habitación y...

—¿Dónde están Gene y los otros?

Tras breve silencio, la mujer musitó:

—No vienen con nosotros, Joe...

—¿Por qué no? Ahora la policía los buscará y...

—Gene, Allison y Bruck murieron cuando... John se quedó para cubrirme la retirada y...

—¡Dios mío, Kathleen! ¿Qué hicisteis? —exclamó el herido.

—¡Salvarte a ti, Joe! De una manera u otra, tarde o temprano... ¡Tú habrías muerto en ese hospital!

—Pero Gene..., Allison, ese alocado de Bruck...

—Te he oído decir muchas veces que es hermoso morir luchando por algo noble, Joe. Ellos quisieron redimirse y pagar todo lo que habías hecho por ellos. Y una bella muerte da honor a toda una

vida, mi amor.

—Sí, Kathleen, sí, mujer... Pero ¿adónde vamos ahora?

—El mundo es grande, Joe. ¡Muy grande! Y de momento tienes que reponerte de tu herida.

—Eres una mujer valiente, Kathleen. ¡Una digna compañera!

—Y tú un hombre maravilloso, Joe.

La mujer fue inclinando su dorada cabeza hacia los labios del hombre negro.

Kathleen era una mujer blanca...

Una estudiante de la Universidad de Nueva York, que había decidido unir su vida a Joe Walcott para que sus hijos no fueran ni negros ni blancos, sino simplemente seres humanos.

Hijos de Dios y del Amor...

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

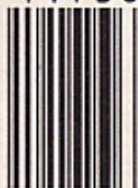
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España